

Maleta Pequeña & Relatos Cortos

Crónicas de un viajero



Felipe Rodríguez Huertas



OBSERVER
EDITORIAL



OBSERVER
EDITORIAL

Maleta Pequeña & Relatos Cortos: Crónicas de un viajero

© Felipe Rodríguez Huertas

Gestión y cuidado editorial: Carolina Maldonado Tovar

© Ilustración y diseño de cubierta: Carolina Maldonado Tovar

© Fotografías originales: Felipe Rodríguez Huertas

Primera Edición: Mayo 2016

Agradecimientos.

Gracias a mis padres por la paciencia, la cual supe llevárselas hasta el límite. A Laura Astudillo y Oscar Parra por arrancar esto conmigo, así cambiaran los planes en el camino. A Danghelly Zúñiga por darme la mano y emprender este proyecto a mi lado. Y a todas las personas que en su medida me colaboraron para terminar este trabajo, y claro, ¡muchas gracias! a todos quienes me dieron hospedaje, me ofrecieron comida o agua y me enseñaron a caminar por este país como turista, como guía, como observador, como periodista y como sapo.



Cuando te encuentres un mapa, escanéalo con tu celular y tendrás una experiencia más profunda.

Hazlo a través de la aplicación gratuita

layar



Contenido

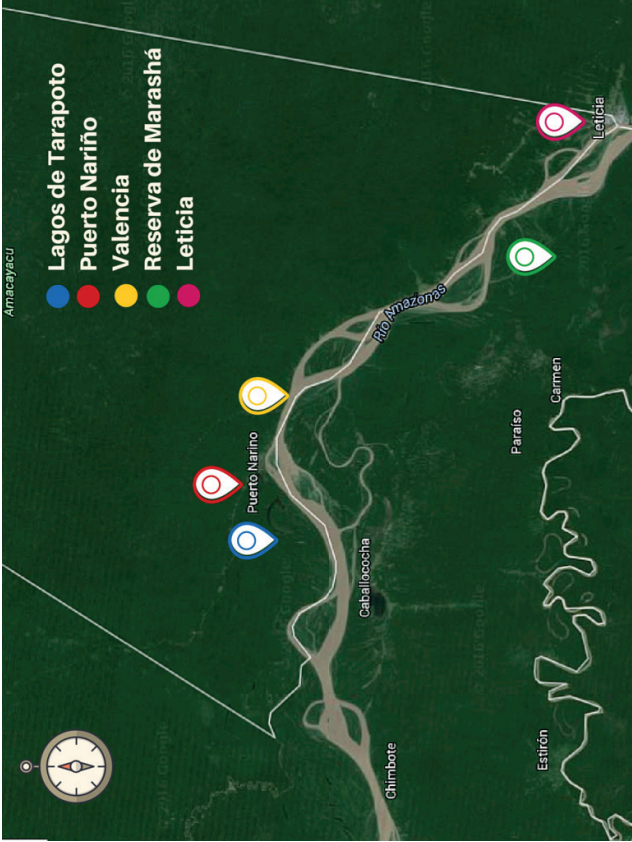
Introducción	...9
Me compré un tarro de repelente y me fui para el Amazonas	...11
Los sonidos de la selva, ¿aulladores o gritonas?	...15
Cualquiera con botiquín es médico	...29
Placer para celosos; caricias que dejan marca	...41
Adivina qué se esconde bajo tu hamaca	...51
Cómo ir al Amazonas sin ser comido por un jaguar en el intento	...69
Gafas, OVNIS, & el desierto de la Tatacoa	...71
Hospedaje de más de cinco estrellas	...75
El desierto es medio puto y tiene pésimo gusto	...85
E.T., sin GPS, nunca llegará al tercer mundo	...93
Cómo ir al desierto de la Tatacoa sin deshidratarse en el intento	...105
Y esto fue lo que aprendí después de mucho mosquito y chupar tanto sol	...107
Un resumen no tan amable de mis observaciones	...117
Cómo regresar a casa después de vacaciones	...119



Introducción

Para poder entender mejor la intensidad de las siguientes crónicas, decidí elegir a la selva del Amazonas y al desierto de la Tatacoa como destinos, por ser dos lugares que conozco muy bien, en los que he trabajado, he ido a esconderme, he ido de turista y que en su primer momento, llegué a estrellarme por solo tomar maleta e irme al ruedo en total desconocimiento. Sin mucha idea de estos dos lugares pagué la novatada, pero me arriesgue a hacerlo, por ser destinos llenos de cuentos, historias y miles de referencias de otros tantos que antes que yo, se arriesgaron a visitarlos. Así que póngase cómodo y piense que si decidí irme de viaje, era para poder ponerle este libro en sus manos, con el cual espero entienda el valor de hacer maletas, hablar con la gente, de arriesgarse a tomar decisiones o dejar de tomarlas, de escribir lo que ve, escucha, huele, saborea y toca y entender que el mejor recuerdo de hacer algo, es poder compartir la experiencia con otros.





Me compré un gran tarro de repelente Y me fui para el Amazonas...

Las siguientes crónicas tuvieron lugar entre noviembre y diciembre del año 2015 y fueron escritas a partir de las observaciones realizadas en la selva, en donde entrevisté a turistas y lugareños, quienes me invitaron a dormir en hamaca y comer en su mesa mientras compartían conmigo los placeres y las desdichas de visitar el Amazonas. Para su creación decidí ponerme el morral al hombro y salir a ver qué es lo que tanto llama la atención de la gente, que sin haber ido a la selva, se llenan de emoción al imaginar que algún día visitarán ese lugar.

Una vez ahí, decidí cumplir con todos los clichés del destino y sumergirme en lo que se supone se debe hacer al ir al Amazonas, así que con exceso de bloqueador, me



escribí “turista” en la frente y zarpé en busca de aventura. Tal y como me lo ofrecía uno de los folletos de viaje.

Decidí que para poder entender realmente la experiencia que tiene un turista novato, aquellos que fueron desinformados por malos folletos o malos amigos sobre un lugar diferente a su zona de cotidianidad, el viajar solo me supondría un terrible error, por lo que siempre acepté excursiones en donde me acompañaron varios grupos de visitantes grandes, con adolescentes bulliciosos, de esos que se lanzan al ruedo con maletas de rueditas y sin saber con qué se enfrentarán.

Llegué en avión a Leticia en uno de los dos únicos vuelos que salen al día y una vez allá, por lancha rápida, visité Puerto Nariño, los lagos de Tarapoto, la comunidad de Valencia y la reserva de Marashá.

Para empezar por lo grande, mi primer grupo fue la excursión de un colegio femenino del norte de Bogotá, señoritas entre los 15 y 16 años que optaron de forma muy valiente tomar el paquete de viajes extremos y dejar pasar por alto el tour de playa y bronceador. Una segunda excursión me llevó hasta la comunidad de Valencia, un poblado indígena en donde un proyecto social que no debía tomar más de mediodía, terminó con varias consultas médicas, donde los pobladores decidieron cambiarme mi rol de turista por el de doctor.

La experiencia más amable fue conocer el lado peruano del Amazonas, y llegar hasta la Reserva Natural de Marashá, en donde entendí un poco mejor las interacciones

sociales que sus habitantes forman en tareas tan sencillas como pintarse la piel.

Y por último, como para meterle más emoción al viaje, fue arriesgarme a dormir con los pelos de punta, al tener que enfrentarme a los retos que supone pasar una noche en la selva, la cual entre misterios e historias hace que la mente nos juegue las bromas más pesadas.

Estas crónicas son contadas casi por un amigo el cual, sin mucha censura ni medida, les narrará lo feo, lo bonito y lo que nadie les dice de tomar maletas y salir de viaje hasta el Amazonas. En sus manos está crear su propia impresión, yo hablé desde lo que viví, disfruté o me tocó aguantarme, usted lea, hágase una idea, vaya y pruebe, no se quede solo con el libro.





Los sonidos de la selva, ¿aulladores o gritonas?

“Si en Facebook no hay registro del paseo, pues este nunca pasó”. Así empecé mi viaje hasta los Lagos de Tarapoto, entendiendo por qué una niña de 15 años buscaba hacerle más espacio a su maleta para una segunda cámara digital y no para otra botella de agua.

Como todos los presentes buscábamos tener un real acercamiento a la fauna y la flora del Amazonas, decidimos que partir hacia selva virgen era el mejor escenario. Es decir, en términos vacacionales era la oportunidad de tomar mil fotos, conocer alguno que otro animal y poder tener pruebas reales de nuestra última gran aventura.



Pero antes de tomar mochila, cantimplora y cámara, nuestro guía nos advirtió, la noche anterior, que para tomar este tour debíamos tener en cuenta que no era salir a caminar y tomarse *selfies*.

Lo primero fue dejarnos claro que entrar a la selva era enfrentarse a una humedad de casi el 90%. Es decir, él quería estar seguro de si realmente podríamos enfrentarnos a eso, y créanme, humedad de casi el 100% es lo que traduzco, por experiencia, como sudar mientras se duerme, se come, se baña o respira.

Lo siguiente fue explicarnos que la temperatura al mediodía en el Amazonas oscila entre los 30 y 32 grados centígrados, y una cosa era vivirla en el hotel y otra sentirla en una caminata con morral al hombro. Como aún no lograba intimidarnos con sus advertencias, cerró su charla de inducción con los mosquitos, dejándonos saber que son casi del tamaño de una falange de hombre adulto y que si con todo eso aún queríamos hacerla nos esperaba a las 8 AM en la entrada del hotel.

Por último se dirigió a mí y me preguntó: “¿Y usted quiere hacerla?” No dudando de mis capacidades, sino preguntándome entre comillas (¿Usted quiere ir a una caminata de 3 horas en compañía de una excursión escolar de 40 niñas de 16 años de un colegio de Bogotá?). Pero la respuesta es “sí”, quiero y puedo. Así que vamos.

En un principio, todas ellas estaban muy emocionadas, ya era de día, estaban recién bañadas y sabían que si hacían el silencio suficiente durante el recorrido podrían

llegar a ver micos, guacamayas o hasta osos perezosos. Y Claro, como fieles miembros de la sociedad moderna, todas andaban listas cual paparazzis, buscando su próxima víctima de portada.

Antes de partir hacia el punto en donde tomaría inicio la caminata, se recomendó que llevaran gorra, una cantimplora llena de agua, mucho repelente, bloqueador y las indispensables botas plásticas, también conocidas como “machitas”. Acá la ruta que tomamos iba desde el margen del río Amazonas hasta los lagos, los cuales se encuentran a 80 kilómetros de Leticia y a 45 minutos en lancha desde Puerto Nariño.

Antes de arrancar el trayecto de 3 horas, me di cuenta que al igual que las niñas, también estaba muy emocionado, pues según los coloridos folletos del aeropuerto, los Lagos son famosos por ser símbolos del Amazonas, en donde se pueden ver plantas famosas (Loto gigante Victoria Regia) o al Pirarucú, el pez de aguadulce más grande que se conoce, el cual entendería después es mucho más divertido comérselo que verlo.

Primera media hora.

Media hora fue todo lo que se logró llevar la caminata en total orden y silencio, la calma se había roto y estaba claro que no iba a regresar. Con las niñas comprendí que el silencio es un tesoro del que los turistas sin preparación carecen, sobre todo cuando descubren que 15 minutos en la selva no son suficientes para ver bandos de micos



cruzando los árboles, o anacondas, tucanes y papagayos en los hombros de todos.

La impaciencia de no ver nada hizo que se frustraran, por lo que empezaron a hablar, sin comprender que el ruido que hacían espantaba aún más a los animales. Otro aspecto que rompió con su calma, fue el desespero por el calor. Por ejemplo, las niñas ya estaban ahogadas (yo me rendí al ahogo 10 minutos después de ellas) por la humedad y solo sabían preguntar una y otra vez cuándo verían algo, casi como si estuvieran en un zoológico en donde pueden pegarle a un vidrio y forzar a los animales a hacer algo.

Como el paisaje no les ofreció un sinfín de animales que fotografiar y sus redes sociales no estaban sintiendo su experiencia amazónica, el calor se aprovechó de su situación y alimentó su desespero. La humedad hacía que tanto ellas como yo sudáramos así estuviéramos sentados, y cuando decidíamos entrar en movimiento, la ropa se pegaba al cuerpo y empezamos a deshidratarnos en minutos.

Aunque cargábamos cantimploras llenas de agua, y estos tours suman botellones para rellenarlos, el agua se calienta en segundos, así que tomábamos con desagrado sorbos de agua tibia. Algunas ya sumergidas en su desespero por el calor, optaron por cogerse el cabello en una moña alta, pero aun así las gotas de sudor bajaban a cantaros sobre su cuello y los mosquitos tenían pase VIP a sus oídos.

La primera hora.

Una hora después de iniciar la caminata, las excursionistas empezaron con el fastidioso “¿Cuánto nos falta?”, (*el cual yo no aprendí a dejar de usar hasta después de muchas excursiones*) y no por la emoción de llegar a los lagos, sino por el desespero de seguir caminando selva adentro, sumado por el dolor de pies causado por el uso de las botas.

Algo que comprendí sobre la marcha y de lo cual compadecí mucho a las niñas, es que caminar en botas plásticas hace que los pasos sean más pesados, sobre todo por el lodo que se pega a ellas. También es muy engorroso usarlas porque se calientan con facilidad y además no son opcionales, pues aunque hagan tallar los dedos por el caucho, esa es justamente la primera defensa a la mordedura de serpientes o la picadura de algún insecto.

Aunque la caminata tiene un promedio de 3 horas a paso rápido, los guías locales nos indicaron que íbamos demasiado lento, que en una hora habíamos recorrido lo que se esperaba hiciéramos en 20 minutos, que dejaríamos de arrastrar los pies y caminaríamos más rápido, pero el terreno resultó ser más agreste de lo esperado, pues había llovido hace dos noches y grandes pozos se armaron en la ruta.

Gracias al lodazal que teníamos por camino y ante la falta de experiencia de las niñas de caminar con botas plásticas, solían quedarse enterradas en el barro y debíamos hacer todo un sistema de poleas para poder sacarlas.





Justo después de nuestra primer niña enterrada, los lugareños nos explicaron que la clave está en no jalar el pie con todas sus fuerzas, o existe el riesgo de que este salga y la bota se quede enterrada, lo mejor es enterrar el talón y jalar con el empeine, así saldrán ambos.

Este procedimiento lo repetimos aproximadamente unas 25 veces, primero ayudábamos a jalarlas, ya con el paso de las horas, ellas aprendieron a salir solas del lodo.

Para esta caminata me acompañaron dos guías locales de la región, *Soplin* y *Camaleón*, los cuales son dos habitantes de la comunidad de Rhonda y aunque ambos nacieron ahí, Soplin nos contó que hace parte de la tribu

Ticuna, mientras que Camaleón es de la tribu Kukama y aunque las niñas no entendían nada sobre las tribus, ellos sentían que era muy importante hacernos la distinción.

Camaleón decidió ir adelante del grupo e ir marcando el ritmo de la caminata, pues era quien mejor conocía el trayecto hasta Tarapoto, por lo que decidí ir con él. En este punto ya estaba cansado de ayudar a sacar niñas del lodo, o esperar que avanzaran 10 minutos para luego poder descansar otros 10, así que creí que si iba adelante, sentiría que sí avanzábamos algo.

Mientras continuábamos caminando me dijo que seguíamos yendo muy lento, que las niñas eran muy lentas, sé que pensaba que yo también era lento, pero prefirió decirme que se veía como el sendero mejoraría más adelante.

— ¿Cuál sendero? no se ve nada. —preguntó una de las jóvenes del grupo.

Nada sorprendido, Camaleón me dijo que el sendero estaba enfrente de nosotros, pero que no podíamos verlo. Me reí porque fue su forma decente de decirnos “torpes”, pero con el cansancio que llevaba toda la excursión, no veíamos sino la hora de llegar.

— Esto no es una foto, mire mejor las cositas pequeñas que se encuentran en el camino —me dijo señalándome con una rama.



Camaleón me explicó que la selva son muchos detalles puestos juntos, y que estamos tan acostumbrados a ver todo en plano general, que ya no vemos nada. Nos aclaró que un turista por más ganas que tenga de ver animales, tan pronto entra a la selva solo ve una masa verde, y aunque estuviera en nuestras narices nunca lo veríamos.

— Toman la foto y prefieren quedarse viéndola. No se molestan en conocer serpientes ni nada, no ven sus manchas, sus colores, la tienen en frente y no aprenden a conocerla, con el recuerdo quedan conformes, por eso es que estas niñas no ven nada y eso que hemos pasado un montón de animales... — me aclaró Camaleón.

Con un poco de vergüenza y fingiendo humildad ante sus dones de selva, que nos dejó claro que carecíamos, le pedí el favor que si veía un animal, así nosotros no lo viéramos, nos avisará y poder mostrárselos a las niñas, porque una forma de enseñarles algo era explicándoles eso mismo que me acababa de decir.

Ya frente al camino, me dijo que me fijara en las ramas rotas, en las formas de las hojas y en los claros de los árboles, que eso le ayudaba mucho a él para saber por dónde íbamos y hacia qué lado seguir.

— El verde clarito, muy clarito, como el de una manzana significa que las hojas son nuevas, esos árboles están jóvenes, es decir selva virgen, nadie caminó por ahí, por ahí no hay camino. Pero los verdes oscuros son árboles viejos, ellos llevan años y si no hay hojas en sus raíces

es porque las pisan y las entierran, es decir que por ahí hay una trocha.

Entre su explicación, Camaleón nos dejó claro que cuando los arbustos tienen ramas rotas, es porque alguien las cortó, por ahí también hay camino.

— Mire en el piso, hay hojas más podridas que otras, las machacaron mucho contra el lodo, alguien las piso, toca seguir por ahí.

Nuestro guía nos explicó que no sabría ponerse a contar los distintos tipos de verde que él puede ver, ni sabría cómo llamarlos, pero aceptó que ve muchos, desde los verdes de arbustos que reciben menos sol, al verde de los grandes árboles, el de las enredaderas, de los retoños, el verde de las frutas, el de un insecto o una serpiente, por eso sabe distinguirlos aunque se camuflen entre el pasto y las ramas.

Finalmente me aconsejó que no me pusiera a buscar colores en la selva, pues entre más bonito se me haga el color, más peligroso es lo que lo porta. En resumen, me enseñó que si el insecto, fruto, animal o planta se me hace muy llamativo, lo mejor es dejarlo quieto y alejarme o me va a doler... y mucho.

3 horas después.

Después de tres horas de caminata, las niñas hablaban de su experiencia en el Amazonas como una visita a trabajos forzados, estaban desesperadas por el calor, así como



aburridas del agua caliente y la picadura de los mosquitos, por lo que decidieron bajarle el ritmo a su paso, y rezagarse en la parte de atrás.

Al ver que el grupo ya había perdido todo interés en llegar algún día, debí irme con Soplín hacia la parte de atrás y empezar como un rastrillo a recoger a las últimas, no dejar que ninguna fuera tras nosotros y así evitar que se quedaran del grupo o se fueran a perder.

Al ver que la emoción de la caminata se había quedado tirada varios arbustos atrás, Soplín y Camaleón resolvieron tomar las riendas y explicarles a las jóvenes qué pasaba con los animales, y el porqué de su ausencia. Así que mientras les contaban cómo para la selva es una ofensa entrar a hacer ruido, quejándose y cargando con mala energía, ellas distraídas empezaron a caminar más rápido.

— ¿Qué tal que alguien entrara a su casa así? esta es la casa de los animales, nosotros somos los intrusos. Ellos nos ven escondidos, los espantamos, no se dejan ver, si realmente quieren ver algo, deben hacer silencio, dejen que los animales se acerquen, que les de curiosidad saber qué somos.

4 horas después. (Mediodía)

El calor estaba en su punto más alto, el agua hidrataba pero no refrescaba, algo así como beber café tibio para la sed. También el cansancio era notorio y la humedad nos estaba ahogando, sentía que si me quitaba la camiseta

podría escurrirla y aun así el sudor estaría más frío que la horrible agua de la cantimplora.

Con el tiempo la caminata se volvió rutina, como si el mover nuestras piernas fuera involuntario. El sol seguía siendo igual de abrasador, pero en este punto las niñas descubrieron que el quejarse no suele tener ningún efecto sobre el calor.

Llegada

Cuando llegamos a los lagos de Tarapoto, los ánimos no mejoraron en nada, pues para las niñas era solo agua estancada. No solo decepcionadas también entraron en desesperación cuando comprendieron que para salir de ahí y no repetir la caminata de regreso, tocaba salir remando en balsas.

Y así como el ave fénix se levantó de sus cenizas, este grupo de tibias adolescentes se levantaron en una revuelta, pues agotadas y con dolor de piernas, no planeaban remar bajo el sol. Pero su mala disposición, en parte justificada por el agotamiento físico, se vio recompensada cuando la más observadora vio su primer animal del día.



tificada por el agotamiento físico, se vio recompensada cuando la más observadora vio su primer animal del día.

Ni Soplín ni Camaleón tuvieron

que explicar mucho, pues entre más se acercaban al lago más fácil fueron de ver los tan escurridizos y difíciles de encontrar delfines rosados.

Así es, la caminata hasta los lagos de Tarapoto tiene como recompensa poder ver delfines rosados, los cuales van a cazar al mediodía en ese lugar. Ahí es cuando las quejas se apagan y todas, casi revitalizadas por estos animales, sacan sus cámaras y se acercan al agua para poder verlos mejor.

Aunque la caminata es agotadora, y su tiempo de trayecto depende mucho del ritmo que impongan sus visitantes, siempre trae como regalo poder ir a ver a los delfines, los cuales son muy difíciles de poder apreciar, pues ya son muy pocos los grupos que subsisten por la afectación de su hábitat.

Sin embargo, es muy normal que muchos turistas no terminen la caminata y ante el cansancio opten por regresar. Esto debido a que los guías pocas veces suelen decirles qué les espera de premio al final del camino, por

lo que muchos desisten de hacer el viaje y nunca se dan por enterados de qué se perdieron. En esta oportunidad, por ser una excursión de colegio las niñas no tenían la opción de devolverse, pero fueron afortunadas de que su suerte fuera la misma de Dorothy en el Mago de Oz y que al seguir el camino amarillo, lograrían llegar felices a ciudad esmeralda.





Cualquiera con botiquín es médico

— Doc ¿no tiene por ahí un antibiótico para el dolor de garganta?

— ¿Tiene amigdalitis?

— No sé qué es eso, pero me duele mucho al tragar.

— Debe ser eso, se le inflamaron las amígdalas o bueno eso creo, déjeme verlas.

— ¿Sí es eso que dice?

— Pues eso creería, se ven grandes, pero no las veo blancas. Igual no puedo darle antibióticos, recuerde que no soy doctor.



— ¿No es doctor? ¿Y entonces?

— Llevó diciéndoles que solo tengo un botiquín, fue lo primero que le dije.

— Ah bueno doc. Pero ¿sí tiene el antibiótico?

Esta fue, más o menos, la charla que mantuve durante 4 horas en la comunidad de Valencia del Amazonas. Todo por cargar con un botiquín de primeros auxilios y regalarle un Diclofenaco a Doña Flor, una mujer que lava ropa en el río y que llevaba tres días con dolor de cadera.

En una ocasión un amigo voluntario, de aquellos que construyen vivienda de emergencia para personas de escasos recursos me dijo que ayudar a alguien era uno de los grandes placeres de la vida, pero cuando a uno lo sueltan al ruedo sin instrucciones, no se sabe cuándo va a meter la pata por tener solo buenas intenciones y ni idea de lo que está haciendo.

Mi viaje al Amazonas me enseñó que ayudar a los demás implica una terrible responsabilidad de la cual no estamos seguros si queremos adquirir. Algunas veces no es un querer, sino un deber, y ese día el deber de hacer algo me pegó en la cara. El primer golpe lo recibí a las 7:00 AM, cuando el despertador empezó a sonar y aun dormido recordé que en dos horas viajaría de Puerto Nariño hacia la Comunidad de Valencia, lo que no estaba tan mal, pues solo representaba media hora de viaje en lancha rápida.

Ya a las 10:00 AM, el sol alumbraba sin tregua y aunque hace media hora me había bañado, fue un esfuerzo inútil en buscar refrescarme pues ya la ropa se me pegaba al cuerpo y las gotas de sudor bajaban de mí frente a mis ojos haciéndome llorar por el ardor.

Mi plan de ese día era llevar libros para una biblioteca infantil que los habitantes de Valencia llevaba un mes tratando de crear, pero cargar las cajas resultó ser todo un esfuerzo, pues estaban muy pesadas y me suponía moverlas del hotel a las lanchas y de estas hasta la comunidad. Aunque ya montadas las cajas en los botes, siguieron los mejores 30 minutos de brisa amazónica, luego era tan solo dejar las cajas, saludar a las familias y regresar.

Nunca antes había ido a Valencia, pues queda más o menos a unas 3 horas de distancia en lancha rápida de Leticia, pero en el Amazonas se tiene la ventaja de no solo hacer turismo, sino de trabajar con la sociedad, y una vez allí, me recibió como a todos sus visitantes, Gabriel Mendoza, el Curaca de la comunidad.

El Curaca de Valencia simboliza lo que un alcalde en un pueblo y es el responsable de velar por los asuntos internos de la región, así como el representarlos frente al estado. Ese es actualmente el trabajo de Gabriel, un señor de 35 años que recibe a los visitantes con los brazos abiertos y jugo tibio de patilla.

Cuando por fin llegué a Valencia, vi con sorpresa que el trabajo me sería doble, pues encontré fue un puerto



improvisado con algunas tablas, las cuales buscaban inútilmente que no quedáramos atorados en el lodo que formaba el río. Ya en este punto empecé a hacer piruetas para que ninguna caja terminara llena de lodo, pero las circunstancias fueron más amables y los hombres y algunos niños del lugar, me ayudaron a bajarlas y guardarlas en el salón que se tenía destinado para la biblioteca.

Ahí fue cuando Doña Flor, (más conocida como Pandora, debido a los eventos que desencadenó más adelante) se me acercó y me señaló el morral que tenía a mi espalda. Era mi botiquín, el cual suelo llevar como seguridad a donde vaya y que en la mañana de forma automática me había colgado al hombro. Es negro con rojo y le sobresale una cruz blanca, por lo que para Doña Flor fue fácil reconocerlo.



Doña Flor vive con su esposo Vicente, sus hijos, sus nueras y sus 3 nietos en una casa elevada de madera que el mismo Don Vicente construyó ya hace unos 20 años. Cuando llegué a Valencia, la señora Flor me contó que cada domingo lava la ropa en las orillas del río, pero ahora agacharse le duele mucho, pues viene sintiendo un dolor de cadera desde hace tres días y no la deja caminar bien, por lo que me preguntó si tenía un Diclofenaco para su dolor.

Se me hizo sencillo y hasta un gesto amable decirle que sí, que sin ningún problema le regalaba uno, (grave error).

— Ay Doc, a mí me vienen dando unos mareos de la nada, ¿qué será? —este fue el primer “Doc” del día y vino de una de las nueras de Doña flor, una mujer de 23 años llamada Karla.

— No soy doctor, yo solo cargo con el botiquín y acá solo hay lo básico. —Le respondí creyendo que dejaría hasta ahí el tema.

— ¿Y no tiene nada para los mareos? —me preguntó Karla retomando el tema.

—No, no tengo nada. Además quién sabe el porqué del mareo. Así que no sabría qué poder darle.

—¿Y tiene algo para la diarrea? —Me preguntó casi en un susurro.



La verdad su forma de preguntármelo me causó algo de gracia, porque aun no comprendo la vergüenza que suelen sentir las personas al hablar de cosas tan básicas como el ir al baño. Mucho después en ese mismo día, me enteré que la droga para la diarrea era para su esposo, el cual por vergüenza jamás se hubiera atrevido a preguntármelo, y Karla le sirvió de mensajera. De ahí, que también descubrí que los mareos también eran de él, causa de la deshidratación que tenía de tantas veces ir al baño.

Después de Doña Flor y Karla, empezaron a llegar más y más personas que me pedían ayuda, me hablaban de dolores de cabeza, de mareos, dedos morados, vómitos, ausencia de sueño, dolores en brazos o piernas, dolor de diente o que les hiciera un chequeo general, el de “control”.

Varias cosas me sorprendieron en particular, la primera era que sin importarles cuántas veces les dijera que yo no era doctor, que solo dirigía una excursión, insistían en que no les importaba, algunos ni me escuchaban, pues estaban decididos en que yo los atendiera. La segunda fue su gran conocimiento en medicina, algunos llegaban hablando sin parar, aclarándome qué dolor tenían, la causa posible y el fármaco que esperaban yo les entregara.

— Doc, tengo como neumonía, eso es por los fríos que suben. ¿Será que usted tiene por ahí Sultamicilina, que ya con eso quedo bien? —me dijo un señor que tenía la piel tostada por el sol.

Lo primero fue reírme, pues no tenía ni idea de qué era eso, (ya en Bogotá pregunté y me enteré de que es un antibiótico para la inflamación de las vías aéreas) sentí por un momento que habían tomado clases de farmacología, pues eran expertos en auto medicarse. Ya lo tercero, era saber en dónde estaba el doctor de la comunidad. O bueno, alguien que se encargara de estas cosas.

—Yo no soy doctor, no soy doctor—y no importaba cuántas veces lo dijera, a nadie más que a mí le importaba.

Mis conocimientos en medicina son menos que los de un novato, en medicamentos cargo solo con aquellos que puedo comprar sin formula médica y que considero esenciales de tener a la mano si estoy de excursión en el Amazonas. Pero no puedo hacer consulta, mucho menos ponerme a atender gente y darles medicinas.

Admito que en mi total ignorancia y muy influenciado por los nervios le pregunté al Curaca Gabriel si no tenían un chamán, curandero o alguien que les diera hierbas medicinales, algo que me sacara de esta situación, pero con tristeza me respondió que no tenían ni profesor ni doctor fijo, que el profesor iba tres días a la semana cuando podía y el médico una vez al mes, si bien les iba.

También me confesó que con las olas de voluntariado que llegan a la comunidad desde Bogotá y otras ciudades del interior del país, muchas veces llegan cajas en donde les regalan fármacos, y tanto sus mentes como sus cuerpos ya no responden a las medicinas tradicionales, ya son dependientes del Acetaminofén.



— Si no ven pastillas, ya no se sienten curados, a la comunidad hace mucho dejaron de servirles los rezos de los abuelos.

Bueno, eso me explicó por qué eran tan buenos pidiéndome medicamentos, están tan acostumbrados a las olas de voluntariado, que esperan con ansias qué drogas les van a enviar.

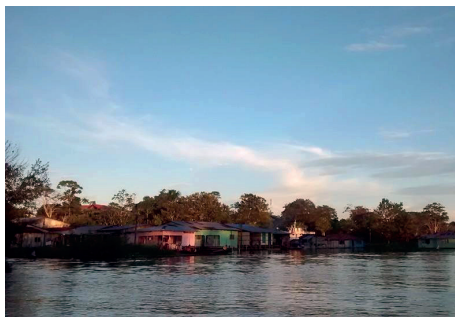
En la comunidad de Valencia todos sobreviven, jamás pasan hambre, su principal sustento es la pesca y la agricultura, y su organización política los mantiene tranquilos y en un aceptable orden, poseen un cabildo, el cual está conformado por 6 personas, el Curaca Gabriel y 5 secretarios más.

Tienen todo un sistema político, todas las casas tienen antena de televisión, se ven las novelas todas las noches, pero no tienen doctor. Si alguien se enferma de gravedad, deben moverlo en lancha hasta Leticia, y esperar a que algún remedio casero le ayude en el transito hasta que llegue al hospital.

Cuando entendí mejor la situación del lugar, el panorama me cambió un poco, sienten dolor, que es peor que decir “me duele”. Y no soy doctor pero si alguien me dice que tiene dolor de cabeza y yo tengo un Dolex, no le veo la maldad en ofrecérselo, igual... si estaba pecando, no veía a nadie ni ayudando ni juzgándome.

Aunque seguí muerto de los nervios, le explique en detalle a Gabriel mi situación, él me dijo que hiciera has-

ta donde pudiera y que me hiciera en la biblioteca, que era un salón vacío y medianamente fresco en donde me podía hacer e ir atendíendolos.



— Hola, me llamo Felipe, no soy doctor, solo sé primeros auxilios y trataré de ayudarlo hasta donde pueda. Ahora cuénteme ¿qué tiene?

Repetí estas palabras por casi 4 horas, en la cual hablé con niños, madres, hermanos, abuelos y todos me contaron un poco de sus historias y de sus males.

Algunas personas solo querían hablar, quejarse, les dolía todo y nada al mismo tiempo, y alguien siempre tenía la culpa de eso. Otras veces salí regañado, pues pedían específicamente drogas que no tenía y que no les hubiera dado aunque las tuviera.

Las peores situaciones fueron cuando la ignorancia y el desconocimiento me ganaron, no sabía qué podían tener, ni una idea cercana de qué recomendarles, donde mi única respuesta fue decirles con franqueza y con un poco de vergüenza: “No sé qué tiene la verdad, así que le recomiendo que vaya al médico”.

Cuando me pasó me sentí inútil, apenado y algo inepto. El reconocer que no podemos ayudar a alguien frustra

en muchas formas. Agradecí mucho poder deducir otros con gran facilidad, como entender que alguien estaba deshidratado y poder darle bolsas de suero para diluir en agua y recomendarle descansar un poco. Otras tareas fueron ver esguinces, poner crema para la inflamación muscular, entregar loratadinas para las alergias y regalar mi tarrito de Vick VapoRub para un niño con resfriado.

Lo más simple entre todo fue poner a hacer gárgaras con Isodine bucofaríngeo a quienes les dolía la garganta por una posible amigdalitis, así hubieran preferido e insistido en que les diera un antibiótico.

El Curaca me dio almuerzo, refrigerio y las gracias tantas veces, que me sentí tan avergonzado que en varias ocasiones le respondí “Gracias a usted”. Ya a las 4:30 PM una lancha de Puerto Nariño llegó a buscarme y regresarme al hotel, así que con un apretón de manos me despedí de Gabriel.

Ya cuando mi excursión terminó, dos días después de mi visita a Valencia, me tocó correr un poco para no perder mi vuelo hacia Bogotá. Pero aun en mi afán visité a la Dirección de Salud de Leticia y hablando a carreras le dije a Luis Ángel Perdomo, el funcionario de esa dirección que en la comunidad de Valencia necesitaban un doctor, y no uno que solo fuera una vez al mes, sino una vez a la semana como mínimo.

Me respondió un poco a la defensiva que esas visitas se adelantan con patrullas médicas, las cuales surgen como

iniciativas de voluntariado o con algo de los recursos que les entregue el Estado, los cuales suelen ser muy pocos.

Finalmente me aseguré que se comprometería a mandar un doctor la próxima semana para hacer un seguimiento de la comunidad, pero que la solución real estaba en poder establecer rutas más accesibles para que los habitantes llegaran a Leticia con más facilidad.

El tiempo no me dio para más y con algo de demora tomé mi vuelo de regreso a Bogotá, pero sí me quede inquieto preguntándome si nuestra labor de voluntariado se ha encargado de ir destruyendo sociedades que funcionaban perfectamente antes de que llegáramos con nuestros espíritus de servicio y con cajas llenas de colaboración. Sé que ayudar a alguien nunca estará mal, pero ahora prefiero distinguir entre querer ayudar o ser solo un sapo.





Placer para celosos; caricias que dejan marca

Cuando se va al Amazonas, los paquetes turísticos le ofrecen hacer caminatas, rutas nocturnas de caimaneos o hasta Canopy sobre la arboleda, todas estas actividades están de alguna forma orientadas a vivir al extremo, que sudemos, que el pulso se nos acelere, que se vibre y se tiemble con la selva. Pero lo que pocos le cuentan, es que con tomar un trozo de madera, algo de Huito y entregarle su cuerpo a alguien para que lo use como lienzo virgen y pinte sobre su piel, es tal vez una de las actividades más extremas y enriquecedoras en el lugar, y por encima de las otras, es gratis.

La descripción más triste y simple de usar Huito me la ofreció una turista de esas que el calor las pone rojas y la



humedad las ahoga, donde no se sabe si está sudando o muriendo lentamente.

—Eso es “pintarse con una fruta en la cara, como hacen los indios”.

Falso y flojo, por eso en el Amazonas nunca se debe tomar una opinión como una verdad cierta sino como una mera impresión, si no lo vive no lo siente.

Para hacer Huito basta con tomarse un par de horas de la tarde, buscar algún lugar con sombra, tranquilo, estar con amigos, su pareja o si quiere, lo convierte en la excusa para conocer a alguien, busca algo de Huito, que no es más que una fruta que se da en abundancia en el Amazonas y la encuentra hasta tirada en el piso, un recipiente en donde poder disponer su jugo y un pedazo de madera de cáñamo o hasta sus simples dedos.

Durante el almuerzo conocí a *Martina*, mi nueva compañera de pintura corporal, yo apenas había llegado en la mañana a la Reserva Natural de Marashá, pero ella ya llevaba hospedada 3 días. Este lado del Amazonas es peruano y llegar ahí me tomó tan solo 2 horas en lancha desde el puerto de Leticia en Colombia.

Martina es de Lima y su cuerpo mostraba claramente que ya había estado incursionando en el arte de pintar con Huito, pero noté que se había sobrepasado en su uso y eran pocas las partes del cuerpo que no había marcado, otras de forma más torpe le quedaron como pequeñas manchas de camuflaje en su piel.

El Huito no mancha la ropa, pero para la facilidad del que pinta, lo mejor es despojarse de ella y quedarse en traje de baño o ropa interior, eso depende mucho de lo cómodo que uno se siente con su cuerpo, yo decidí quedarme en pantalonetas, las más cortas que encontré en mi mochila, no solo para que mi cuerpo fuera un mejor lienzo sino por el calor de la tarde.

Martina tenía 28 años, de tez morena y unos 1,68 metros de altura, centímetros más o centímetros menos. Muy amable y lejos de ser el estereotipo que Laura en América nos vendió sobre los peruanos. Era una estudiante de Biología y estaba con su hermano *Aldo* dándose un tour por el Amazonas.

Como Martina ya tenía experiencia con el Huito, en 10 minutos ya había exprimido el jugo de dos frutos sobre una totuma. Luego con sus dedos, aplastó un poco la pulpa que cayó sobre el recipiente y lo dejamos a la intemperie hasta que los jugos se oxidaron.

Me acosté boca abajo en el pasto, mientras ella con una toalla me retiraba el exceso de sudor de mi espalda para poder pintar mejor, con lo cual logró ponerme un poco nervioso, pues no la conocía bien y en cuestión de segundos empezaría a tocarme con la yema de sus dedos.

Por alguna extraña razón el Huito es frío, así que contrasta con el calor de la piel cuando la toca, refresca con su paso, pero regulaba su temperatura al tocar mi tibia piel. Así mismo, su densidad es muy liviana, casi como manejar agua, por lo que Martina se vio algo atareada



en tratar de pintar algo sin que las gotas se escurrieran y mancharan su dibujo.

No me considero una persona cosquillosa, pero siempre brinco un poco cuando alguien toca la zona de mis costillas y mi cintura, así que mi primera reacción fue tensionarme un poco cuando Martina empezó a marcar líneas de Huito sobre mi cuello, bajando por mi espalda y llegando al inicio de mis muslos, logrando que mis pocos vellos se erizaran de forma notoria.

Como con el Huito no se hacen masajes sino se pinta, los trazos de Martina eran casi como pequeñas pinceladas. Ligeramente sentía el paso de sus dedos en mi piel, causando casi una pequeña cosquilla por el roce tan superficial que tenía conmigo.



A veces con el dorso de su mano retiraba las pequeñas gotas que se deslizaban por mi costado, lo que me permitía sentir la suavidad de sus manos, pero me hacía tensionar mi mandíbula y mis dientes por su contacto con mi cintura. Sin embargo, me gustaba el hecho de que cuando buscaba acercarse más a mí para pintar mejor, su pelo tocaba mis brazos o mis hombros, y lograba oler su shampoo, algún tipo frutal que dejaba impregnado el ambiente, pues aunque el Huito es de sabor dulce, es inodoro.

En esas Aldo su hermano, quien era menor dos años, pero 15 centímetros más alto que ella, nos aconsejó que lo mejor era empezar a poner una pequeña capa de talco sobre mi espalda para retirar el exceso del zumo de la fruta, por lo que sin pensarlo dos veces traje de su habitación talcos para bebé y él mismo se dispuso a ponérmelo.

Aunque no soy una persona que se avergüence de su cuerpo, ni tengo prejuicios de ningún tipo, me tense aún más cuando cambie en dos minutos de las suaves dedos de Martina a las grandes y gruesas manos de Aldo. Estaba claro que él tampoco se sentía incómodo con la situación, pues sus manos fueron más rápidas que las de su hermana y empezó a darme suaves palmadas con talco entre mis costillas, mis brazos, mi espalda, parte de mi pecho y mis muslos.

Aunque fue claro que puse en tensión mis músculos, Aldo decidió ayudar a Martina a continuar con su pro-



yecto, pero me tocó sentarme pues él se encargaría de terminar mi espalda y ella continuaría con mis brazos. Para este punto, decidimos tomar algo de Huito y comerlo, pues aunque no huele y su color es de un verde oscuro brillante, casi lustroso, su sabor es muy dulce, casi como si alguien hubiera decidido fusionar una fresa con una uchuva.

A diferencia de los dedos de Martina, Aldo es más fuerte y sus trazos los sentía más que los de su hermana. Tan así que me era imposible seguir el diseño de mis brazos, por sentir e imaginar lo que él dibujaba tras de mí. Bajaba hasta mi cintura y hacía pequeños círculos con sus dedos que entre mis nervios, me causaban pequeñas risas.

No era precisamente un trabajo en equipo, pero el Huito distrae y los que trabajaban sobre mí se habían sumergido en su labor, pues una gota rebelde que decidiera escaparse mancharía mi piel y destruiría todo el trabajo desarrollado. Así que durante los siguientes minutos ninguno me habló.

Aunque el silencio reinaba, podía seguir escuchando y sintiendo el aliento de Aldo en mi nuca, sus manos gruesas en mi cintura, así como los cabellos de su hermana en mi cara y sus dedos más pequeños y delicados en mis brazos. Algunas veces, gotas de Huito subversivas a los deseos de mis pintores, se escurrían entre sus dedos y terminaban paseando en forma irregular sobre mi cuerpo, logrando una risa cómplice entre el culpable y yo.

Aldo empezó a hablarme y a contarme que los nativos Ticuna, suelen untar Huito en sus genitales antes de entrar al río para evitar que el Candirú se introduzca en sus genitales, lo cual es una experiencia que nadie quiere vivir, pues este malévolo pez de no más 10 centímetros suele entrar en la uretra o ano de sus víctimas, expandir sus espinas y empezar a beber la sangre de las heridas que produce.

Me reí nervioso al imaginar tan fatídico hecho, en donde su extracción es exclusivamente quirúrgica, también me pregunte más nervioso aún, si Aldo me contaba un dato curioso o se estaba ofreciendo por mi seguridad a echarme más Huito en otros sectores menos visibles.

Mientras los hermanos seguían en la elaboración de su tatuaje, decidieron que lo mejor era darme de comer de su propia mano, para evitar que yo me moviera y arruinara sin querer su trabajo, pero fue aún más confuso pasar de los dedos de Martina y Aldo de mi espalda a mi boca, los cuales en este caso no se pusieron muy de acuerdo y terminaba recibiendo fruta de la mano de ambos.

Martina empezó a formar figuras cuadradas en mis brazos, que para los indígenas son símbolo de fortaleza, por lo que se ayudó con el palo de cañamo, y aunque sabía que no me chuzaría, si me alarme al ver la punta de su herramienta acercarse a mi piel.

—No te va a doler nada, o ¿tienes miedo?



Sus palabras fueron más un reto que una pregunta, así que negué con mi cabeza su afirmación, ya cuando la madera tocó mi codo comprendí que todo estaba en mí mente, no me dolía pero sí sentía los movimientos más bruscos y rígidos sobre mi piel, tan así que las manos de Aldo empezaron a sentirse suaves.

La madera en la piel es totalmente diferente, siento las texturas y las irregularidades del cáñamo, a veces es más suave, otras veces siento pequeñas punzadas o un paso áspero de la punta. No es doloroso, pero sí diferente al contacto que produce piel contra piel.

En el Amazonas este tipo de pintura natural se utiliza mucho para ir a la guerra o para eventos sociales como matrimonios o natalicios, pero principalmente es una herramienta social para que sus habitantes se conozcan e intimen, así como yo en ese momento lo hacía con Aldo y Martina. Es un acto casi fraternal en donde sin conocerlos bien, sus manos y sus dedos habían tocado partes de mi cuerpo donde solo un doctor o mis parejas habían llegado.

Cuando finalmente acabaron, me entristeció que no decidieran pintarme como un miembro del Clan Yakuza y tomarán más tiempo en su labor. Al ponerme de pie descubrí que mi cuerpo había sudado tanto como si hubiera estado corriendo, pero lo más curioso es que el de ellos también, posiblemente por la posición, el clima o la situación.



Hubo un par de pasos en falso en donde intenté agradecerles con un abrazo, pero como no podía dañar el diseño y mandar a la basura su esfuerzo, un

sonrisa para Martina, un apretón de manos para Aldo y un gracias para ambos.

Con los días descubrí que el teñido es solo permanente, afecta las capas externas de la epidermis. Así que cuando la piel se renovó, la mancha desapareció en unas dos semanas. Cuando le cuento a los demás la experiencia del Huito, trato de dejar muy claro que no radica exclusivamente en sus diseños, los cuales son transitorios, su valor se hospeda precisamente en la ceremonia o casi el ritual que encierra su elaboración, en donde muchas veces se le entrega el cuerpo a varias personas o lo hace un acto más íntimo con solo uno.

Si me ponen a compararlo, pintarse con Huito es casi como esa labor de los monos en sacarse piojos, construye relaciones, marca jerarquías y crea impresiones de las personas con las que se comparte el momento, así que tal vez la próxima vez mejor que una cena entre amigos, les ofreceré dejarse pintar el cuerpo.



Adivina qué se esconde bajo tu hamaca

El error más grande que he cometido como turista es creer que dormir en la selva iba a ser la experiencia más tranquila y relajante de mi vida. Primero que todo, puede llegar a ser tan ruidosa como la ciudad, sino es que más. Y segundo, la selva no está hecha para dormir, o por lo menos, no de una forma serena y apacible.

Al llegar al Amazonas, de lo único que estaba seguro era de pasar una noche en la selva dentro de la Reserva de Marashá. No solo porque era un plan que ya traía recomendado por amigos, que meses antes habían visitado el lugar, sino porque se me hacía interesante tener la oportunidad de acampar en selva virgen, y sentir en



carne propia toda su calma e inmensidad. Este, sabría más adelante, sería mi primer error del día.

Una vez estuve en el lado peruano de la selva, tomé mi morral y empecé una caminata de 45 minutos por un sendero demarcado con tablas, que termina justo en la entrada de la Reserva. Ahí me recibió Marcos, mi guía durante esta visita y quien más tarde me llevaría a pasar la peor y mejor noche de mi vida.

Marcos quien tiene aproximadamente 35 años y no debe medir más de 1,50 metros, lleva 10 años trabajando en planes de eco turismo y desde la entrada, me saludaba como un niño animado cuando lo distinguí de lejos. Marcos, o “Marquitos” para los amigos, sería más que mi guía dentro del lugar, pues se comportaría como un anfitrión.

Lo mejor de llegar a Marashá, es que me recibieron con jugo de Camu Camu, una fruta ácida de tono amarillento que con azúcar y mucho hielo pasa fácil por limonada. Luego Marcos almorzó conmigo y me instaló en una de las habitaciones de la reserva, en donde me pidió armara una maleta más pequeña con una manta, algo de papel higiénico, una gorra y una linterna.

Para ese momento me dijo que partiríamos a las 6:30 de la tarde, con eso podríamos tomar los últimos rayos de sol y emprender marcha hasta la zona de camping. Llegamos en un promedio de 25 minutos, pues no está muy retirada de la reserva, por medidas de seguridad. Ya a eso de las 7 en punto, Marcos sacó de su maleta unas cuantas

rodajas de Pirarucú que había cargado con él desde la reserva para que los asáramos más tarde.

Al notar que ya habíamos llegado, me reí de mi propia estupidez, Marcos me había dicho, una vez salimos de la reserva, que acamparíamos en un claro más adelante. Pero no fue hasta que gritó “¡llegamos!” que entendí mi segundo error. Realmente no íbamos a acampar, íbamos era a dormir en hamacas.

Había algunos plásticos gruesos dispuestos por varios lados, haciendo el papel de un primer refugio, el segundo lo hacían las copas de los árboles, lo que me provocó más risa aún. En el Amazonas es un milagro encontrar un claro, acá los arboles lo cubren todo, ¿cómo no vi que Marcos se estaba burlando de mí!?

— ¿No pensaba dormir en el piso, verdad? —Me preguntó con una sonrisa en su rostro— Ahí lo picaría de todo, en la selva toca dormir colgado.

Cuando empecé a montar la hamaca que Marcos llevaba para mí, me preguntaba cómo fui tan ingenuo de creer que realmente acamparíamos e inmediatamente me llegaron escalofríos de imaginarme una serpiente o una tarántula conmigo en una carpa. Ya luego, nos aseguramos de tener las hamacas bien atadas y así evitar caídas innecesarias mientras dormíamos y finalmente las cubrimos con un mosquitero.

A eso de las 8, y en tan solo unos segundos, Marcos encendió una fogata donde montó los pedazos de pescado



sobre una especie de fogón que armó con pequeños troncos. Cuando estos estuvieron cocinados, los sirvió en hojas de palma. También me ofreció algo de fruta y un poco de jugo de naranja en polvo para disolver en nuestras cantimploras.

Mientras me comía el Pirarucú, me di cuenta de que si no fuera por la linterna que llevaba y la fogata que seguía encendida, no podría verle la cara a Marcos. Un poco decepcionado creí que esa noche no habría luna. Mi tercer error, pues ahí estaba, casi una luna llena, pero la copa de los árboles es tan espesa, que jamás me dejarían verla con claridad. Ahí descubrí que en el Amazonas es muy poca la luz que toca la tierra.

Aunque lo realmente curioso fue fijarme que aun estando solos estábamos hablando un poco más fuerte de lo habitual, y ahí entendí mi primer error del día, el cual fue creer que la selva era silenciosa y se mantenía en calma. Es terriblemente ruidosa, suenan las ramas de los árboles, se escucha el crujir de los troncos, el cantar de las aves y los monos nocturnos, se escucha el pisar de las hojas... en fin, todo se mueve, todo hace ruido, todo se escucha.

Y no fue sino hasta casi las 10 de la noche cuando por fin mi curiosidad salió a flote. Si no veo nada, si no hay caminata, ni pesca, ni ninguna otra actividad obvia. ¿Qué se supone que se hace en una noche de selva?

— Escuchar —me respondió Marcos con total naturalidad.

— ¿Escuchar qué? —Le pregunté casi como una obviedad.

— Pues escucharme a mí, escuchar a la selva y si está de malas, escuchar a la Curupira.

— ¿La qué? —Le pregunte con cara de traduzca “la Curupira” a lenguaje de turista.

— Pues al espíritu de la selva. El duende que vive acá adentro y que muy seguramente nos está viendo detrás de un árbol.

— Jajajaja. Ja Ja Ja. —Admito que pasé por todos mis tipos de risa, pues para mí, había sido el peor intento de querer asustarme.

— ¿Es decir que usted no sabe sobre Camila? —Me preguntó Marcos casi extrañado.

— Obvio no sé quién es Camila y siento que esto va para historia de terror, así que hágale que no me dan miedo y por el contrario se me hacen interesantes.

Casi como si le hubieran dado permiso a un lobo de atacar a su presa, Marcos se terminó su pedazo de pescado y apagó la fogata, se acomodó y dio pie a una historia que según él, tuvo lugar ya hace unos 20 años.

... Camila era una excursionista que venía de Bogotá de una universidad que por más que insistí no me quiso dar el nombre, fue al Amazonas con un grupo de estudiantes y dos profesores para hacer el reconocimiento de



un grupo de murciélagos, eran biólogos y pasarían una noche en la selva para cazarlos, clasificarlos y ponerles unos chips o algún sistema de rastreo para monitorear sus desplazamientos y migraciones.

A diferencia de su grupo, Camila odiaba la selva, bueno, no odiaba la selva, sino su humedad, sus mosquitos, el dormir fuera de su cama, el dolor de pies por las caminatas y el comer en hojas. La pobre sufría por todo y no hacía más que quejarse, “cochino lugar, maldito calor, quién me mando a venir, mejor hubiera hecho un trabajo escrito, además todos huelen a chucha”.

Luego de muchas quejas y reclamos al aire, uno de los guías nativos de su excursión le dijo que si seguía hablando así de la selva, la Curupira se iba a molestar. Camila, como mujer de ciencia se rió escéptica de su historia y empezó a hacer bromas al respecto.



— Pues denme el teléfono de esa Curupira y le decimos que invierta en un aire acondicionado, o mejor aún en mandar a comprar Raid o Baygon para tanto mosquito de mierda —se burlaba Camila aún enojada.

En eso, los guías le explicaron a Camila que sus burlas eran más ofensivas que sus reclamos, pues la Curupira no soporta que la reten. Le aclaraban que tuviera cuidado, pues este espíritu de la selva es un duende muy malhumorado, de pelos rojizos como el fuego y con un cuerpo cubierto de hojas y ramas. Los nativos en su preocupación, le señalaban que aunque tiene la apariencia de un niño, se parece más a un anciano gruñón, pues es fácil ofenderlo sin darse cuenta, pues toma muchos actos de los turistas y los nativos como un insulto hacia la selva.

Aunque Camila hacía de oídos sordos, le aclaraban que la forma humana de este duende contrastaba con unos dientes tan afilados como los de un jaguar, y que su principal característica más allá de su sensible carácter, es tener los pies al revés, los cuales empiezan en su talón y van hacia atrás hasta sus dedos...

Esa noche Camila cansada de los cuentos de terror, se fue a dormir en su hamaca llena de repelente y sin querer cenar, pues también estaba fastidiada de tener que comer en hojas y sin cubiertos. Pero alrededor de las 3 de la madrugada le dieron unas fuertes ganas de ir a orinar, pero en tanta oscuridad le daba miedo ir sola, y no por la Curupira precisamente sino por toparse con algún animal.



Así que se le ocurrió despertar a una de sus compañeras que dormía al lado.

Su amiga aún muy somnolienta le dijo que después de ella haberse ido a dormir, habían todos decidido ir al baño en el mismo lugar, para evitar así contaminar mucho el ambiente, por lo que ella le mostraría el lugar designado.

Hasta ahí va la historia de Camila. O bueno, hasta ahí es lo que recuerda Camila, la cual no se acuerda de más, ni siquiera podía dar explicación de cómo apareció una semana después en las raíces de un árbol selva adentro. Tampoco logró explicar qué comió, con qué se abrigó o qué animal le hizo los arañazos que tenía por todo el cuerpo.

Marcos me contó que su papá y otros guías locales de esa época, duraron una semana buscando a la excursionista, la cual no apareció después de que sus compañeros se habían despertado y empezaron a llamarla al ver su hamaca vacía. Camila dice no recordar mucho, ni siquiera el rostro de la compañera que ella despertó para que la acompañara al baño, solo recuerda sus ganas de ir a orinar y luego abrir los ojos cuando alguien gritaba ¡Aquí está, la encontramos!

— A Camila se la llevó la Curupira, Felipe, y eso acá nadie lo discute. Ella siempre está ahí, cuidando, mirando y sobre todo escuchando. Y no es mala, no se confunda, es curiosa, pero también muy sensible, así que si la gente no trata con respeto la selva, la Curupira lo pierde, y si

la falta no es grave, con el tiempo lo devuelve. Por eso le digo que mejor haga silencio y escuche, la selva tiene historias que contar si usted se toma el trabajo de querer oírlas. Por ejemplo, entre menos luz tengamos más la Curupira se irá acercando a nosotros, ver quiénes somos y qué hacemos acá.

Digamos que el tono de la historia tomó otro rumbo cuando comprendí que Marcos no intentaba asustarme, sino me contaba algo que para él es tan real como el pescado que acabábamos de cenar. Tras 5 minutos de silencio de mi parte, me dijo que cuando empezara a quedarme dormido, sería posible escuchar algunos pasos acercándose, por lo que me aconsejaba no tratar de buscar de dónde venían, o podría espantarme de muerte si me topaba de frente con la Curupira, pues a ella le gusta pegarse a los mosquiteros y tratar de ver quién está ahí.

Finalmente me dijo que también tuviera cuidado con mi propia curiosidad, pues en ocasiones la Curupira pierde a la gente que se empecina en querer verla.

— Si usted escucha ruidos en la selva y alumbra con la linterna, es posible que vea una mano o un pie pequeño esconderse tras un arbusto. Deje así, con eso es suficiente, no la siga ni le hable, dé por entendido que es ella y siga haciendo lo suyo. Si es amable, en la mañana nos deja ver una bandada de guacamayas o loros como recompensa, pero si no, no nos dejará dormir en toda la noche.



Ya no tan confiado de mi situación decidí que irme a la cama era mi mejor alternativa. Tome mi linterna, mi cantimplora y me encerré en mi hamaca. La linterna ahora era mi mejor defensa, pues Marcos me dijo que la Curupira puede también imitar formas humanas como lo hizo con la amiga de Camila, pero que si uno desconfía de la persona, es solo alumbrarle los pies, los cuales son lo único que no puede cambiar y siguen estando al revés, ahí se siente descubierta y desaparece.

Ya arropado y con la luz apagada, en mi cabeza tomé nota mental sobre qué hacer en un caso de esos. *“Si Marcos o alguien se aparece, grito como loco y luego le alumbro los pies, o bueno, le alumbro los pies y luego grito como loco. O Mejor solo grito y ya”*.

Luego el problema fue lograr quedarme dormido, porque claramente escuchaba pasos acercándose, y sabía que no eran los de Marcos, porque estaba dormido en la hamaca de al lado. *“Son animales, puede ser un mono, un cerdo de monte, un chigüiro, un capibara, un jaguar... Momento, mejor un jaguar no, otro mono...”*

Y justo ahí, cuando creí tener control de la situación, todo se fue a la mismísima mierda. Alguien se estaba riendo, riendo como un niño que hace una pilatuna. ¿Por qué un niño se estaba riendo en la mitad de la selva? Estaba condenado a ser Camila, ya me veía corriendo entre los arboles pidiendo ayuda, pero ¿hacia dónde podía correr?, ahí deseché esa idea, pues entendí rápidamente que no me serviría de nada.

Tampoco podía alumbrar algo con mi linterna, porque no sabía de dónde venía exactamente la risa, y encenderla era casi como gritarle a “eso”, que yo estaba ahí y que estaba despierto. En ese momento me paralicé, la risa se hizo más fuerte y los vellos de mi nuca y brazos se erizaron hasta su límite.

Mientras empezaba a sudar litros de sudor frío y sentía cómo mi camiseta se pegaba a mi cuerpo, me preguntaba quién era tan pendejo de creer que la risa de un niño era tierna. Solo necesitan escucharla en la selva para comprender que son casi cantos de muerte.

Cuando decidí que no me iba a dejar morir de los nervios, con un susurro de mi voz empecé a llamar a Marcos. Mi intento de pedir auxilio fue un total fracaso pues estaba murmurando tan bajo que solo yo podría escucharlo. Pero hablar más duro no era una opción, pues me espantaba imaginar que algo más allá de Marcos me escuchara.

Nunca he sido una persona muy creyente y no sé cómo el catolicismo y las leyendas amazónicas se legislen en el mundo espiritual. Así que di paso a mi versión más vívida del padre nuestro, pero me detuve varias veces preguntándome si la Curupira le tenía miedo a Jesús o si tan siquiera supiera quién es. Pero como no tenía otra herramienta, recé y recé, una y otra vez esperando a que las risas cesaran.

Pero no se iban, y me culpaba de pecador o falta de fe por no tener respuesta a mis oraciones. Sin embargo,



y muy contrario a mis deseos las escuchaba cada vez más cerca. Con cada segundo era peor mi miedo y sentía como pequeñas descargas de electricidad pasaban por mi cuerpo, estaba empapado en sudor y unas terribles ganas de ir al baño se apoderaron de mí. Ahora no solo sentía mi cuerpo entumecido, sino una terrible presión en mi vejiga.

“Así me orine aquí mismo, no me pienso levantar de esta hamaca”, me repetía una y otra vez, mientras temblaba por los nervios y respiraba tratando de hacer el menor ruido posible.

“Si es Marcos el que está haciendo esto, lo voy a matar yo mismo”, me decía en mí cabeza tratando de ponerle algo de lógica al asunto, pero sabía que él estaba dormido, pues veía el bulto de su cuerpo en la hamaca de al lado.

Cuando creí que sería víctima de lo que fuera que se estuviera acercando, las risas se detuvieron. En eso mis ojos desesperados buscaban a mí alrededor qué había cambiado. No lograba ver mucho por la oscuridad, pero trataba de encontrar la silueta de algo que se acercara a mi mosquitero o siquiera a la hamaca de Marcos, pero por más que buscaba, nada.

Sentí cómo mi hamaca se movía, pues algo había golpeado uno de los árboles en donde estaba atada. Esto fue prueba suficiente para saber que no era mi imaginación, las risas, los pasos, el crujir de las hojas, alguien o algo estaba ahí, y aparentemente estaba intentando desama-



rrar mi hamaca, para lograr hacerme caer y ya en el piso, encargarse de mí.

Ahí empecé a sudar más aún, pues ya de nada servía hacerme el dormido o taparme los ojos con la manta. Debía hacer algo, debía hacerle saber que sabía lo que estaba haciendo, así que en un pequeño acto de valentía prendí mi linterna y apunte al tronco que habían golpeado, pero solo vi una pequeña mano esconderse.

En ese momento sentí cómo mi corazón latía desenfundadamente, bombeaba sangre tan rápido que creí se me saldría del pecho. “*Una pequeña mano que se escondía*”. Era la Curupira, la Curupira estaba tratando de hacerme caer, o arrastrarme o vaya a saber qué intenciones tenía. Retomé mis oraciones espantando por lo que esta-

ba pasando, ¿qué podía hacer? ¿Quién me mandó a venir por acá? ¿Por qué no me quedé en la reserva?

Estaba muerto del susto y las piernas me temblaban sin parar. “¡Marcos!” Se me vino a la cabeza de la nada, debía despertar a Marcos, en ese momento tome valor y decidí bajar de mi hamaca e ir a despertarlo yo mismo, pues sabía que las palabras no saldrían de mi boca con fuerza suficiente para llamarlo.

Cuando por fin convencí a mi cuerpo de moverse, salté de la hamaca y prácticamente corrí los 5 pasos que me alejaban de él. Cuando llegué, freneé en seco y ahogué un grito en mi boca cuando lo encontré sentado.

— ¿Qué paso Felipe?, ¿también lo despertaron?

— Sí. Es... es... pero los nervios no me dejaban terminar la palabra.

— Un Coatá —susurró Marcos.

Un Coatá, “¿qué carajos es un Coatá? debe ser el primo de la Curupira. Estoy hecho, me tocó vivir una experiencia paranormal en el Amazonas”, me repetía en mi cabeza malhumorado y aún muy asustado, pero no tanto como hace 5 minutos, pues el ver a Marcos despierto me contagió cierta valentía.

— Mírelo, ahí está y encendió su linterna para apuntarlo.

Volteé mi cabeza tan rápido como pude y mis ojos disparados buscaban al Coatá por todos lados. Y sí. Ahí

estaba, de pie frente a nosotros, mirándonos fijamente, con su cuerpo lleno de pelo, una cola tan larga como su tronco y unos dientes afilados como pequeñas agujas.

Cuando la luz de la linterna le llegó a la cara, se subió por el árbol que sujetaba mi hamaca y llegó hasta la copa en donde otros como él lo esperaban, ya ahí empezaron a hacer un extraño ruido muy similar a la risa de un niño. Un Coatá, descubrí para mi felicidad, profunda es un mono araña.

Una familia de monos araña había llegado durante la noche para robar comida, nuestros escurridizos y bulliciosos visitantes querían la fruta que nos había sobrado durante la cena y habíamos dejado tirada al lado de la fogata. En ese momento sentí cómo mi cuerpo se relajaba y una gran bocanada de aire fresco entró a mis pulmones.

Eran monos, solo un grupo de monos comiendo fruta. No me reí, la verdad no fue una situación divertida, me sentía era aliviado, como si todo en el mundo tuviera una respuesta lógica posible. Luego de comprender que todo había sido real, pero exagerado en mi cabeza, el cansancio del viaje me golpeó en la cara y sentí el sueño llegar por primera vez esa noche.

Cuando por fin logre entregarme a los brazos de Morfeo, sentí que solo habían transcurrido unos pocos minutos cuando un nuevo ruido me despertó, al abrir los ojos no pensé en la Curupira ni en nada de índole paranormal,





sino que logre ver cómo ya había luz en el ambiente y los ruidos provenían de la copa de los árboles.

Una manada de pequeños monos tití, así como aves y pavas, saltaban entre las ramas, la selva estaba despertando. Eran posiblemente las 5:30 de la mañana y miles de animales cruzaban de árbol en árbol. Esa era toda mi recompensa por la pésima noche que había tenido. Algunas hojas caían levemente al ser desprendidas por el paso de los animales, y manchas de colores surcaban las ramas mientras ellos pasaban por encima de nosotros.

Esta era claramente la recompensa de la Curupira. O bueno, así quise creerlo yo, porque tal vez ella no fue la responsable de mi mala experiencia anoche, pero sí

estaba enterada de que no podría dejarme ir solo con la mala impresión. Y ahora, como si cada segundo entumecido en mi hamaca hubiera valido la pena, veía cómo las guacamayas alzaban vuelo.



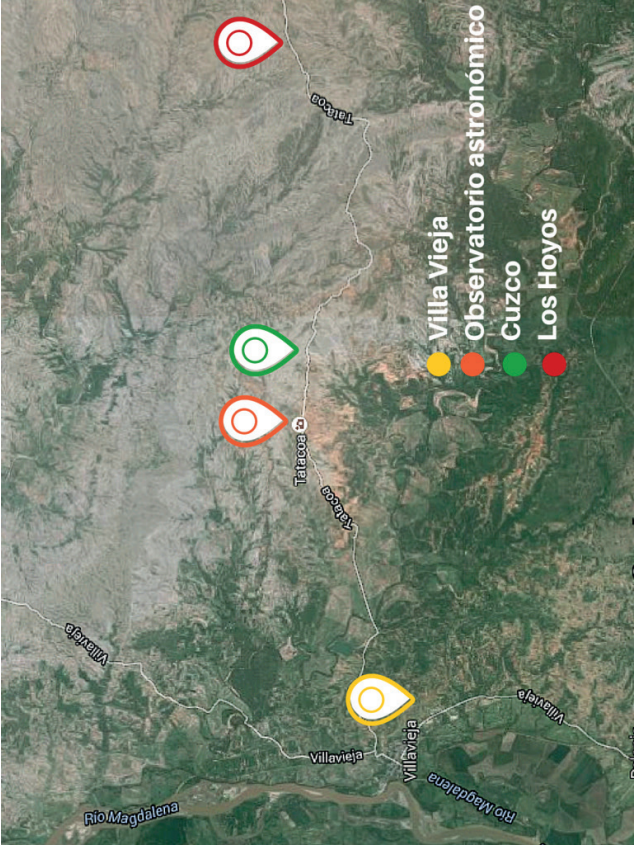
Cómo ir al Amazonas, sin ser

1. No cargue ni un cepillo de dientes extra en su maleta, evite el peso muerto.
2. Cada quien carga su equipaje, así que no lleve maleta de rueditas.
3. Así pierda el estilo, debe llevar botas de caucho.
¡No son opción!
4. Repelente, pero uno muy fuerte y entre peor huelo mejor.
5. Cantimplora, porque si comparte botella fijo le da diarrea.
6. Papel higiénico, porque en la selva hasta las hojas de árbol le pican.
7. Bloqueador, porque luego parecerá anaconda arrancándose la piel.
8. Linterna, porque no se ve nada, así se encuentre insectos con luz propia.
9. Lleve bolsas plásticas para la ropa mojada, sino olerá a mico todo el viaje.

comido por un jaguar en el intento

10. No nade en lagos o quebradas sin preguntar si está permitido. #Pirañas
11. No use perfume, eso atrae insectos, por otro lado, la chucha los espanta.
12. Si algo lo pica, no le dé un manotón o podría tener un segundo piquete.
13. Si ve una serpiente no grite ni corra en círculos, avísele al guía.
14. Si tiene la fortuna, o desgracia, de ver un jaguar, no corra o creerá que es una presa.
15. Acepte el hecho de que no podrá bañarse todos los días.
16. No saque las manos en los botes, el río está lleno de troncos y ramas. #Hospital
17. Siempre sacuda las botas antes de ponérselas, son como penthouse para insectos.





Gafas, OVNIS & el desierto de la Tatacoa

Ninguna foto en la Tatacoa puede salir mal, de día o de noche el desierto como modelo de revista le posa a la cámara y le pone su mejor sonrisa. Así de amable fue ir al Huila y tomar un bus hasta Villa Vieja el pueblo más próximo al desierto, en donde, con guía a bordo, salí a buscar las historias que más adelante se encontrará.

Las tres siguientes crónicas, si pudiera probarlas, le sabrían algo a arena, como toda la que tragué mientras estuve ahí. Un lugar que entre pasadizos y montañas rojas muestra uno de los mejores paisajes de Colombia. Así que mientras lee se topará con noches completas de ocio,



fogatas, clases de astronomía y hasta pequeñas historias de amor, porque aquí le damos gusto a todo el mundo.

Y es que así es el desierto, si de día no lo impresiona, la noche lo noqueará, pero nadie sale invicto en la Tatacoa, que se formó para satisfacer a todo el mundo.

Mi aventura empezó en el mirador astronómico, que continuó con una visita a la zona de Cuzco, en donde acampar es una completa dicha. Luego recorrí ida y vuelta el desierto hasta el sector de Los Hoyos, y hasta llegar al valle de los fantasmas, esa parte de color gris en donde los turistas aún hacen de las suyas.

Esta excursión, la cual me enseñó la importancia de la hidratación y el bloqueador, nos llevó a conocer paisajes y cielos que las personas en la ciudad jamás llegaremos a ver.

Acá encontrará lo que le pasa al turista que no hace caso y aprenderá cómo los guías de turismo también hacen papel de niños, profesores y consejeros. Y además, si pone suficiente atención, aprenderá a colarse en una investigación de avistamientos OVNIS. Porque déjenme decirles que la Tatacoa es más que calor y tierra, y el que sabe leer entre líneas, aprenderá qué hacer y qué no, a dónde ir y a dónde pedir que lo lleven.

Este viaje lo tomé como plan vacacional, apenas para mediados de diciembre del 2015, el cual es perfecto para acompañar a los grupos de turistas que prefieren volárseles a las familias y a las novenas navideñas y empren-

derse como mochileros por el desierto. Algunos salen amándolo, otros más emotivos por la fecha, extrañando el buñuelo de la abuela, así que le propongo que lea, elija la mejor fecha y conozca qué es tomar sol de verdad.





Hospedaje de más de cinco estrellas

Al estar en el desierto de la Tatacoa, estoy confirmando que una de las cosas más espectaculares de la vida es contemplar la luna. Y es que este pequeño satélite tiene la capacidad de dejarnos absortos viéndola sin tener que hacer nada más, ella solo debe estar ahí, fría y segura en su modesta distancia.

Y casi como si se tratara de un hechizo, la luna logra que hasta el ser más parco del mundo logre imaginar que puede alcanzarla o regalarla. Hipnotiza y hasta lleva a pensar en personas o situaciones que creen ser merecedores de tenerla.



Y claro, aunque la Tatacoa pueda ofrecer un atardecer de ensueño, quiero hacer que se pregunten “¿y no son muchos los destinos en los que ves atardeceres de película?” Muy por el contrario de esos lugares, uno en el Desierto viene es a visitar a la luna.

Decido llegar de noche porque voy a acampar; y montar carpa, cambiarme de ropa y sacar cosas de mi maleta no son tareas que quiero hacer bajo los 40 grados centígrados que me ofrece el desierto durante el día. Es una noche fresca, no hay mucho movimiento y con mi linterna de cabeza, puedo ir a la zona de camping y montar mi refugio para dormir esta noche.

Pero algo que realmente me sorprende es ver cómo mi linterna sobra en el momento. La luna casi curiosa por mi llegada, alumbra en toda su magnitud, dejándome ver con claridad el lugar y lo que hay en él. Los árboles, aunque prefiero pensar en ellos como chamizos secos, están regados por todos lados, pero lo que realmente capta mi atención son cactus de todas las formas y tamaños dispuestos casi como floreros en areneras y picos de montaña.

Es justo ahí cuando se produce ese momento incómodo, donde descubro que estoy más ocupado viendo en dónde poner la carpa; que no me he tomado la molestia de levantar la vista y ver un paisaje casi sacado de una postal. Todo es azul y gris. La noche ha pintado el desierto de tonos azules y grisáceos, la arena parece casi polvo de diamantes y quien conozca la obra “La noche estrella-

da” de Van Gogh entenderá perfectamente de qué estoy hablando.

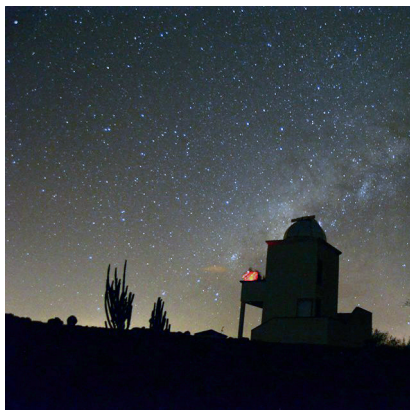
Ahora cuando siento un afán nervioso de terminar de montar mi carpa y poder caminar y ver mejor el paisaje. Cuando por fin termino de armarla, camino muy de prisa intentando verlo todo y guardar la mayor cantidad de imágenes en mi cabeza.

— Cuidado Felipe, no se aleje mucho, recuerde que el desierto se enamora de la gente y se la queda. —Las palabras de Pablo me regresan a la realidad, realmente estaba absorto en el lugar.

Pablo es mi acompañante, un joven de 25 años que trabaja como guía de turismo en el Desierto y lo conoce como el patio trasero de su casa. Él vive a 40 minutos en Villa Vieja, el pueblo que todo el mundo cruza y pocos se toman la molestia de visitar antes de entrar a la Tatacoa.

— Es cierto, uno en el desierto se pierde rápido —le respondo mientras me acerco un poco más al campamento.

En eso levanto la vista para ver la luna y literalmente todo cambia. Son dos paisajes total-



— ¿Qué fue eso?

— Es el desierto hablando —me respondió mi guía.

— Uuuuuuuuuuuuuuhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh.

— ¡Ahí está! ¿Es un tipo de animal?

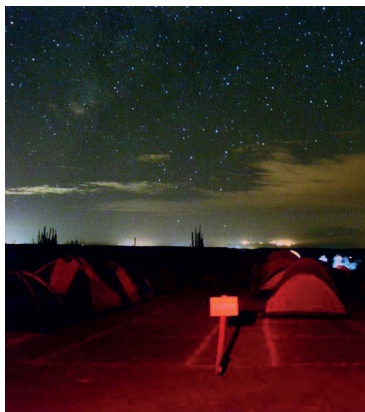
— No Felipe, en serio es el desierto. Bueno, realmente es el viento. Entre la arena, el viento y las montañas áridas cuando el viento sopla, es como si silbara, entonces decimos que es el desierto hablando, era para regresarlo, se pone celoso de la luna.

Cuando entiendo que el desierto me pide el favor de volver a apreciarlo, logro ver cómo la luna y la arena tienen su propio trato. Puedo ver cómo las montañas crean caminos por donde pasa el agua cuando llueve y producen pequeños riachuelos que marcan rutas entre el desierto, pero cuando estos se secan, queda una arena blanca que brilla con la luz de la luna, dejando al descubierto un laberinto que el agua demarca entre las montañas, y es perfecto salir en las noches y caminar entre él.

Claro, como buen laberinto es muy fácil perderse, pero yo estoy con Pablo, lo cual no representa un peligro y para él, cada pedazo de montaña es como una señal de tránsito que le indica en donde girar o hacia dónde ir.

En lo que camino por los pasajes que ha creado el agua, la arena que es sumamente fina se pega un poco a los zapatos, dejándoles una capa blanca, casi como talco. Al tiempo, una brisa fresca suele pegarme en el rostro





mientras se escuchan grillos y uno que otro zorro a la distancia. Aunque los ruidos del desierto son muy llamativos, la clave de esto es detenerse tan pronto se escuche un sonajero, pues es un claro indicio de que una serpiente de cascabel está cerca, por lo que se

debe ser muy cuidadoso, pues son en extremo venenosas y lo mejor es buscar la forma de salir de su área y evitar tener un encuentro directo con ella.

Más allá de eso, todo se concentra en levantar las manos y sentir los fuertes vientos que golpean suavemente mis brazos y mis dedos. Eso y dejarse llevar por el embriagador aroma de los cactus, los cuales en las noches suelen expulsar un perfume muy dulce, que suele mezclarse con los vientos e inundar el desierto con su fragancia.

Ahora todo es parte de un cuento, mientras el cielo danza con las estrellas y la luna como un gran farol ilumina el desierto, este entre su arena blanca y sus montañas azules te hace sentir parte de una historia de fantasía. Algunas personas quieren ir más allá y se acercan al observatorio astronómico que se encuentra a solo 15 minutos de caminata de la zona de camping.

Me es sencillo llegar, pues es seguir el camino demarcado por las camionetas que van de visita; ya estar allá

es poder ver en alta calidad las estrellas y las 88 constelaciones que están a nuestro alrededor, con una claridad tan grande que le puedo ver hasta las arrugas a la luna.

Otros menos ambiciosos como Pablo o tal vez acostumbrados al observatorio, se conforman con acostarse en la arena y escuchar al desierto, saludar mientras aprecian el gran firmamento. Durante la época de estrellas fugaces, son tal el número de estas, que las personas dejan de pedir deseos, pues cumplen con toda su lista de pendientes y se limitan a contemplarlas.

Sin embargo, para los que van en cualquier otra fecha del año como en mi caso, no se irán sin al menos ver dos o tres por noche.

Ya cuando por fin logro superar el golpe de la noche, entiendo que el lugar para desconectarse del mundo son las 56.000 hectáreas de la Tatacoa, pues aunque mi celular me indica que tengo toda la batería, por el contrario ni una sola barra de señal. También comprendo que no importa qué tanto ruido hagan los animales, son opacados por los silbidos del desierto, el cielo se roba el protagonismo de todo y se pueden pasar horas sentado viendo las estrellas mientras, con los dedos de los pies, se juega con la arena.

Cuando me quito las botas es como caminar descalzo sobre harina, en otros lugares es como en azúcar, eso depende mucho del lugar en el desierto donde se acampe, pero claro teniendo en cuenta nunca pisar un cactus, lo cual es como pisar un paquete de agujas frías.



Por último, y luego de pasar horas tirado en la arena viendo hacia la nada, organizando ideas y creando otras, encender una fogata es mi mejor opción. Hay un sinfín de chamizos secos mal llamados árboles que me sirven para prender una de tamaño decente, con la cual veo un proceso natural y casi mágico, como todo lo de este lugar.



Cuando prendo el fuego, espero un poco a que sus llamas tomen fuerza, pero cuando estas alcanzan un tamaño prudente, pedazos de fuego y madera que ya casi se extinguen alzan vuelo con la brisa que los lleva hacia arriba y se pierden en el cielo, haciéndome difícil seguirlos con la vista y dándome la impresión de volverse estrellas. Tal vez uno de los actos de la naturaleza más simples y más majestuosos.

El Desierto de la Tatacoa en la noche no permite apreciar los tipos de cactus, tampoco los tipos de erosión, ni las

aves nativas. Entra en una paz absoluta, que invita casi a irse a dormir, pero no. Lo que sucede es que es como si cambiara todo el escenario, es como un segundo desierto frío y letárgico que crea dos paisajes muy distintos en un mismo lugar, es el territorio perfecto para hacer la diferencia entre el cielo y la tierra, en donde los turistas y en donde yo, quedamos absortos por entender lo infinito del universo y lo pequeño de nuestro mundo.





El desierto es medio puto...
Y tiene pésimo gusto

Lo llaman La Tatacoa en honor a la serpiente cascabel, así que no se puede andar muy distraído, y al ser un desierto que no se parece en nada al Sahara, no pude ver grandes dunas de arena dorada. Es más, su segundo nombre es el Valle De Las Tristezas debido al deterioro de sus terrenos, y cómo decirles que la verdad, ¡no es un desierto!, realmente es un bosque seco tropical. Estas son cosas que ninguna caseta de turismo me contó, como tampoco nadie me informó que al llegar al desierto, este se iba a enamorar de mí.

Al despertarme en mi carpa, descubrí que de día el desierto es a otro precio, tiene un mínimo de humedad y cuando decide calentar, fácil, puede alcanzar los 43 gra-



dos centígrados. Eran las 6 de la mañana, la hora en la se debe salir corriendo de la carpa, pues ya estábamos a 38 grados y se siente el efecto “pollo al horno” al seguir dentro de este plástico impermeable.

Afuera venteaba fuerte, lo cual ayudaba mucho para la ola de calor, así que tomé una ducha rápida en una de las casetas cercanas a la zona de camping, y aunque quise ponerme la ropa más corta y ligera del mundo, ver tantos turistas insolados me dio una clara señal que dejar mi piel descubierta a ese inclemente sol era un grave error. Así que una sudadera ligera fue mi mejor opción.

Ya listo para mi excursión del día, noté entre risas cómo el tono ocre del lugar combinaba a la perfección con el rojo de los turistas, muchas personas estaban casi naranjas pues allá quemarse es una tarea de pocos minutos. Con un grupo de 5 personas fuimos caminando entre laberintos de tierra seca hasta la zona de Los Hoyos, en donde el lugar cambia de color para tomar un tono gris hasta el Valle De Los Fantasmas.

Y aunque le pregunté a nuestro guía Pablo, si había alguna historia de terror que hiciera honor al nombre del lugar, me respondió que no, que tan solo se llama así, porque la arena y el agua han formado siluetas parecidas a los fantasmas de cobija.

Aunque la caminata es uno de los planes más recomendados por los paquetes de turismo, es un ofrecimiento que choca con los visitantes, pues el paisaje no es muy alentador, ya que la Tatacoa carece de árboles y los ani-

males son realmente escasos, pues es poca la vida natural que logra sobrevivir en este lugar.

— Hacia la derecha nada, hacia la izquierda nada, resumen del día, veremos tierra. — Estas fueron las palabras de un turista impaciente que no sé realmente qué esperaba encontrar, pues si fuera al Sahara vería solo qué, ¿arena?

Triste fue, el que no se diera cuenta de que lo realmente interesante de ver era su tono rojo camarón, que contrastaba con sus hombros blancos y retomaban su rojo camarón en los brazos.

Ya cuando partimos, nos contaron que quien vive en el desierto de la Tatacoa, no vive sino sobrevive, que las condiciones del clima son muy extremas, lo cual era redundante, pues estábamos sudando la gota gorda y los



que se arriesgaron a ponerse alguna prenda negra sentían cómo se cocinaban por dentro.

Y sí, el calor es extremo, pero luego se descubre que todo tiene una razón de ser, y es que el desierto está es coqueteando.

Me voy a explicar mejor, durante la visita a los laberintos de Cuzco y al Valle De Los Fantasmas, hubo un par de ocasiones que las formaciones rocosas son tan espectaculares que me alejé del grupo para verlas mejor. En eso Pablo me miró un poco molesto y me repitió por, tal vez, cuarta vez que no me alejara ni del camino ni del grupo.

— Mijo si se sigue apartando solo, es muy posible que se pierda, o qué, ¿ya el desierto se enamoró de usted?

— ¿Ah sí? ¿Será que le gusto al desierto? —le pregunté entre bromas

—Pues el desierto no es muy exigente, se enamora de todos, así que fresco, de pronto y sí. —Me respondió entre risas.

Como no entendí bien su referencia le dije a Pablo que me explicara mejor eso de que el desierto se podría enamorar de mí.

— Pues Felipe, algunos lugares en el mundo tienen su propia historia y su propia magia, pero ninguna tan romántica como la del desierto de la Tatacoa.

... Pocos saben o no se percatan que la Tatacoa hipnotiza a las personas, no se entiende muy bien el cómo, pero los atrae, es como si los sedujera, y le hace querer ir a él...

— ¿Es decir que tiene vida?

— Claro que tiene vida, es tonto querer asimilar desierto con muerto. Lo que pasa es que el desierto busca compañía, y es muy enamorado, él se conquista a las personas y estas no se van dando cuenta.

...Se siente a gusto con ellas, no quiere que lo abandonen, él es feliz de que lo visiten y todo porque lleva años sintiéndose solo...

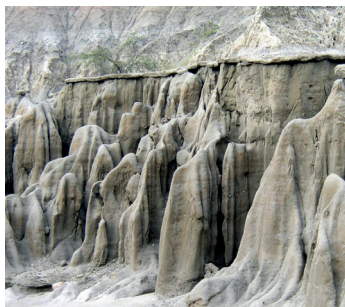
— Un momento, si le entiendo bien me dice que el desierto le coquetea a las personas, estas se enamoran y ¿deciden quedarse con él?

— Así mismo, mire, los cactus, los conejos y las rocas son sus presentes, con eso trata de atraerlo, pero usted no lo nota, es sutil.

Es su forma de compensar que la naturaleza lo castigó con serpientes, la falta de árboles y sombra, eso hizo que por años el desierto se sintiera solo, la gente le teme, no lo visita, le da pereza el calor y él se pone triste, no ve que nadie le venía a decir ni hola.

...Entonces, usted ve el cactus o la figura de tierra, se acerca a tomarle una foto o verla más de cerca y el desierto le borra los caminos, oculta sus pisadas, luego le hace ver cosas y cuando menos se da cuenta, ya es de





él. Se quedó con la visita, y nunca vuelven a saber de usted, y si lo encuentran dice cosas, alucina, no sabe quién es, su comportamiento es el mismo que el de una persona enamorada, cuando menos se da cuenta lo conquista.

— Es decir, me pierde o me traga... ya entiendo a qué se refiere con enamorarse de mí. Pues que ni crea, yo soy un hombre difícil. —Y entre bromas y risas, decido no volver a salirme del camino, ni de la vista de Pablo.

El camino hasta Los Hoyos es una ruta de pasadizos en los que tomar el camino equivocado implica horas de dar vueltas hasta recuperar el sendero, pero a mitad de ruta nos topamos con una piscina natural, la cual se forma por las aguas lluvias que se estancan en un pozo mediano. Aunque es revitalizante darse un baño en ella, el agua es salada, debido a la cantidad de sodio que contiene la arena de desierto.

Uno de los turistas, necio a las indicaciones y tentado por el calor decidió beber un poco, lo cual terminó en una visita no planeada detrás de un cactus, en donde rápidamente llegó a la deshidratación por la diarrea que se ganó. Y créanme, uno no quiere estar deshidratado a una temperatura de más de 40 grados.

Frente a ese tema no hay muchos comentarios, tuvo otras dos paradas en el camino, hasta que su cuerpo de-

cedió que ya había aprendido a no beber agua salada. Ya para cuando llegamos al Valle De Los Fantasmas, daba curiosidad ver cómo el agua desprende pedazos de arena de las pequeñas paredes de tierra, dejando al final pequeñas figuras ovaladas que dan la forma de una congregación de fantasmas grises en el desierto.

Pablo me explicó que en algunas caminatas nocturnas, cuando los turistas llegan al valle, creen que hay grupos de personas viéndolos en las esquinas o que se encontraron con otra excursión, hasta que descubren que son solo los tumultos de arena.

— De noche parecen personas, de día parecen fantasmas, estos son los lugareños de la Tatacoa —explicó nuestro guía mientras las personas se hicieron entre los tumultos para tomarse fotos.

Cuando terminamos el trayecto y pasamos de Cuzco a los Hoyos, no nos tomamos más de dos horas. Aunque el calor siempre es fuerte, el viento ayuda a regular la temperatura, lo que nos hizo muy tolerable el recorrido.

Por último, y al llegar a una de las pocas zonas habitadas de la Tatacoa, una gran familia en una muy pequeña casa, nos recibió con cuajada y panelitas, todas hechas con la leche de cabras que criaban ellos mismos de forma salvaje en el lugar. Ellas, más listas que muchos de nosotros, sabían perfectamente el camino de regresó a casa, sin riesgo a ser víctimas de los encantos del desierto.





E.T., sin GPS, nunca llegará al tercer mundo

Acostado en la arena de la Tatacoa, entendí que aunque el cielo sea un paraíso de estrellas y constelaciones, algunas personas no se conforman con acostarse en su colchoneta y apreciar los secretos del universo. Casi como en un episodio de los *Archivos Secretos X*, algunos turistas alegando estar en su papel de académicos investigadores, van en búsqueda de respuestas y con suerte de algún avistamiento OVNI.

Y aunque suene algo extraño, en Colombia existen algunas instituciones, que actualmente se encargan de estudiar el fenómeno extraterrestre en el país, los cuales consideran al desierto de la Tatacoa como uno de los mayores puntos de concentración alienígena, por lo que,



según ellos, existe mayor probabilidad de tener un encuentro cercano en ese lugar.

Pero calma, y más allá de creer que hice parte de una excursión encabezada por Mulder y Scully del FBI, ir al desierto a buscar OVNIS resultó ser también un trabajo muy académico, que consiste en contar satélites, rutas aéreas, movimientos estelares o llegar, si se tiene mucha suerte, a tener la desgracia o el éxito, depende de quién lo mire, de entablar contacto con seres intergalácticos.

El plan claramente no se ofrece en los folletos de viajes y los guías locales nunca lo incluyen en su carta de presentación, pues algunos son totalmente escépticos al tema. Otros por el contrario, no lo mencionan siquiera, por miedo a que los tomen por locos o que los turistas se molesten con ellos, creyendo que tratan de timarlos.

Pero una vez en la Tatacoa, descubrí que todo es cuestión de preguntar, y si no encuentran un guía que les ofrezca el tour (y créanme, sí lo encontrarán), por lo menos se toparán con un abuelo que les compartirá historias muy interesantes de escuchar.

La excursión se armó como una típica caminata nocturna por el desierto, la cual es uno de los principales atractivos del lugar, por lo que cualquier guía se ofrecerá a dirigirla sin problema. Sin embargo, lo que se camufla como una simple caminata a la luz de la luna, es para los adeptos a la ufología nacional, la oportunidad para montarse de cámaras y grabadoras y poder desarrollar un estudio completo sobre posibles incursiones a nuestro

espacio aéreo, y no precisamente de aeronaves de países cercanos, sino de visitantes un poco más lejanos.

Aunque hicimos una incursión al desierto al mejor estilo de *Hombres de Negro*, fue más divertido ver el placer de muchos curiosos, que realmente esperaban poder mandar alguna postal a Marte. La excursión fue rara y llamativa, pero no tan novedosa, pues hace unos años ya había visto a grupos de personas haciendo este tipo de estudios en el país, pero en esa ocasión me los había encontrado en Tenjo (Cundinamarca).

El Doctor Chávez, un experto en vida extraterrestre de una organización que se llama Conexión Ovni, me contó que en esa ocasión habían elegido ir a Tenjo, porque descubrieron que los pueblos indígenas de la región adoraban a seres con una extraña morfología, de rasgos casi humanos que venían del cielo. Sin embargo, me seguía causando más curiosidad enterarme que el desierto de la Tatacoa era para los ufólogos, un centro de avistamientos mucho más grande.

Una vez la noche había llegado al desierto, y entre comentarios que iban y venían, logré definir mejor el término ufología, que para mí se traduce más o menos en “el estudio de todo fenómeno OVNI, que se registre a partir de fotografías, grabaciones y testimonios con el fin de crear hipótesis o teorías que logren crear una aproximación a su naturaleza”. Esta es mi definición rimbombante, pero en palabras más coloquiales, un ufólogo es un tipo que estudia marcianos y platillos voladores.



Don Fernando, otro de nuestros guías en temas espaciales nos explicó que los avistamientos son comunes tanto de día como de noche, pero que en el desierto, la noche es más útil porque es fácil detectar luces que no correspondan a constelaciones o estrellas, ya sea por su tiempo sin titilar, su tono o su movimiento.

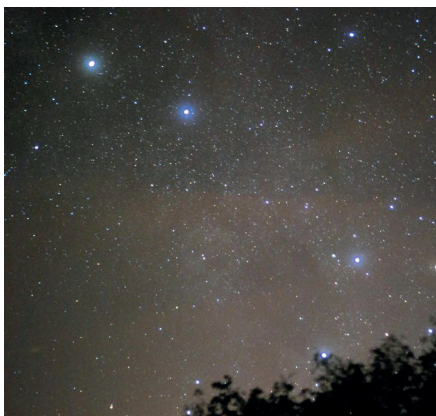
Aunque el tema se trata con la mayor seriedad posible, muchas de las personas que participaron en esta excursión era simples curiosos, turistas que escucharon del plan por boca de amigos y sentían que después de admirar el desierto y sus colores, no podían perderse la experiencia de salir a la “caza a E.T.”

— ¿Ustedes creen en esto? Le pregunté de forma directa a Valentina y Juan, una pareja que parecían al igual que yo, estar ahí por curiosidad.

Supe que no eran más que turistas chismosos, pues escuché a Valentina decirle a Juan que hasta el día anterior en el observatorio del desierto se había enterado que el sol también es una estrella.

—Pues no sabemos si creemos, estamos abiertos a todo. ¿Pero se imagina donde podamos ver algo?

Eso me dejó claro que esos dos eran de



los míos, no tenían ni idea de qué esperar o qué pasaría ahí. Lo claro eran las ganas de aventurarnos, que terminaron siendo el motivo real de apuntarnos justamente en esa caminata. Y aunque no sabíamos ni un carajo de alienígenas, sí sabíamos que el plan se nos hacía tan extraño como intrigante.

Ya con el paso de los minutos, la caminata durante la noche se desarrolló casi como todas, la arena blanca brilló con la luz de la luna, los vientos fueron fuertes, así que a veces debimos entrecerrar los ojos para que no nos entrara tierra, y teníamos que prestar mucha atención a sonidos extraños, pues no queríamos que uno de los recuerdos fuera ser víctimas de una mordedura de serpiente.

Aunque la noche era fría, las piedras seguían irradiando el calor de la mañana y las ramas de los árboles aún se mantenían tibias. Sin embargo, la arena ya estaba fresca en su superficie, así que la caminata era sencilla para todos, incluyendo para los que andaban con equipos.

Después de caminar media hora entre los laberintos de arena, tenía mil preguntas que hacerle a los guías, pero nos pidieron extremo silencio para no distraerse de alguna eventualidad o cambio en el flujo de energía. Y sí. Los señores tienen unos sensores que se mueven si sienten una “perturbación en la fuerza”.

Ante esto, decidí que mi mejor opción era acercarme a John, uno de los acompañantes de Conexión Ovni que solo cargaba unas maletas y al verlo sin mayor oficio,



intenté poder sacarle información más concluyente de nuestra travesía.

Empezó a contarme que no son los únicos que visitan la Tatacoa para hacer este tipo de investigaciones, pues me aseguró que muchas instituciones de Perú y México viene cada año para buscar registros o medir los picos de energía del lugar. También me aclaró que no creen, ni esperan toparse con un marciano de frente, pero sí confían en que verán desplazamientos celestiales no habituales, o con más suerte, captar alguna estela de luz de un OVNI.

Al hablar un rato con John, entendí que son un grupo muy optimista sobre los resultados de su trabajo, y suelen estar tan concentrados en su investigación que poco o nada le prestan atención al desierto, pues para ellos el verdadero atractivo está en el cielo.

La Tatacoa por su parte, casi entrando en la actitud de cazar marcianos, creaba un ambiente de expectativa entre los presentes; algunas veces los ruidos del viento entre los pasadizos de arena parecían los ronquidos de un extraño ser, lo cual alteraba los nervios de los ufólogos, que entre emoción y nervios entraron al desierto sin saber qué iban a encontrar. Muchas veces por ir viendo el cielo desde el lente de sus cámaras, no veían las irregularidades del suelo y terminaban de cara en la arena, pero claro, como todos unos profesionales, preferían que sus narices amortiguaran el golpe antes que sus equipos.

Ya en un punto, los guías se sintieron más a gusto con el grupo, y hablaron de viejos avistamientos en el país, como Monserrate en Bogotá, Punta gallinas en la Guajira o en San Agustín, ahí mismo en el Huila. También nos confesaron tener registro y videos que la comunidad científica se ha negado a ver, pero después de revisarlos, creo que, más que negarse a verlos, existe es una imposibilidad en poder verlos, pues no se ve nada, solo salen rápidos paneos de alguna cámara sin enfocar.

También admito que son muy sensibles respecto al tema, pues cuestionarlos o ponerles en entredicho una prueba era volver a perder el terreno ganado y sumergirlos en un silencio del que no salía ni un bostezo. Así que con el mayor tacto posible hacía preguntas sueltas y esperaba con paciencia que alguno las respondiera.

Mi mayor logro en la noche fue conseguir que los investigadores me explicaran qué era realmente lo que ellos llamaban “registro de energía”, en donde entendí que medían sencillamente las cargas magnéticas de la Tierra, las cuales según Don Fernando, varían dependiendo de la distancia con el sol y la posición del planeta.

— Los mayores encuentros o registros de OVNIS, se han presentado en lugares con fuertes cargas magnéticas, y en el desierto hay mucha, —me reveló Don Fernando.

Después de esa explicación, decidí decirles a Valentina y Juan que la Tatacoa era una especie de meca para los marcianitos verdes.



Luego de llevar una hora dando vueltas por el desierto y de aguantar tramos en silencio, decidí que mi mejor opción era saturarlos de preguntas y buscar respuestas, así como ellos buscaban a *Alf*, yo sabía qué era realmente lo que hacían acá.

Cuando logré retomar la conversación con los ufólogos, les di mucho crédito frente a la preparación que se toman antes de cada excursión; son expertos en temas como cosmología y astronomía, sin contar que se conocen a la perfección todos los planetas y sus constelaciones, su posición, sus variaciones, sus cambios o alineamientos. Estudian por días el plano celeste de la región, pues no se permiten caer en equivocaciones.

Al momento en el que empezaron a hacer el registro de los objetos celestes, enumeraban y nombraban cada novedad, buscando cambios o anomalías, mientras decían OVNI o NOVEDAD CELESTE cada tanto, al encontrar alguna estrella o satélite que no concordaba con sus registros anteriores.



El problema recayó cuando yo por fin, divirtiéndome con el plan, empecé a verle un color extraño o un movimiento sospechoso a las estrellas y no dejaba de decir OVNI o NOVEDAD CELESTE por todo. Lo más posible fue que mi cerebro cansado y aburrido me jugara bromas, dándome la impresión de ver estrellas moverse, así que en un punto de la noche se cansaron de escucharme decir “OVNI”, y empecé a decir “OVNI, CREO”.

Ya transcurridas dos horas, la noche nos pasó cuenta de cobro y empezamos a sentir el cansancio de la caminata, y aunque no pude nunca ver un OVNI, sí escuché por parte de los excursionistas repetidas frases como: “se sienten anomalías en el ambiente”, o preguntarle a Don Fernando si no percibía “una energía extraña”. Mera impresión o verdadera percepción no sabría decirlo, pero más allá de un nerviosismo causado por la emoción entre las personas, no hubo mayor contacto.

En un momento de nuestro regreso, tanto Valentina como Juan me dijeron que la experiencia les había gustado, pues ambos estaban muy ansiosos y muy nerviosos, pues sentían que en cualquier momento algo se les iba a aparecer, pero concluyeron que nunca verían nada, debido a que los alienígenas solo llegan a Estados Unidos, pues está claro que no conocen el tercer mundo.

— Si E.T hubiera venido a Colombia, lo hubieran detenido por meter droga al planeta —comentó Valentina, a lo que todos nos reímos tratando de ahogar las carcaja-



das, para evitar que los otros miembros de la travesía nos escucharan y se ofendieran.

Finalmente en el campamento, los datos no fueron muy relevantes, pero tanto el Doctor Chávez como Don Francisco nos explicaron que tenían información valiosísima que les permitiría trazar planes o rutas que los visitantes podrían tomar sobre el desierto u otros puntos del país o el planeta. Mientras yo trataba de entender mejor cómo ellos analizaban sus propios registros, John escuchaba a los dos expertos ufólogos como si hablaran de la segunda llegada del mesías, así que decidí dejar de hacer caras por respeto a la esperanza que tenía él de algún día encontrar a un alienígena.

Aunque nos pasamos varios minutos tomándole fotos a la nada, al cielo, a las estrellas, a piedras y montañas, nos sentimos como reales agentes del FBI, detrás de pistas que nos explicaran un encubrimiento del gobierno. El plan fue muy divertido y más allá de la ficción o la realidad, son muchas las historias que estas personas pueden



compartir. Algunos como John fueron por curiosidad y salieron convencidos de los expertos en ufología, por lo que deciden creer, otros por su parte, como Valentina y Juan prefieren tachar el plan de su lista de pendientes, pero no por haberse negado a vivirlo, sino

por arriesgarse y aceptar salir de noche en la Tatacoa a buscar seres planetarios.

Algunas veces los proyectos de ufología toman más tiempo y llegan a acampar hasta dos o tres noches en el desierto, en donde con libreta en mano aseguran tener anotado en su calendario, la hora, el mes y el día de un próximo encuentro con sus visitantes lejanos.



Cómo ir al desierto de la Tatacoa,

1. Cantimplora, el agua es más preciada que la persona a su lado.
2. Bloqueador, porque parecerá camarón frito en pocos minutos.
3. ¡Por favor cúbrase! Es desierto, no se bronceará, se quemará terriblemente.
4. No abra la boca como cocodrilo cuando bostece o comerá mucha tierra.
5. No se quede después de las 7:00 AM en la carpa o se cocinará.
6. No tome agua de la piscina natural. #Diarrea
7. No persiga a los conejos, nunca los atrapará y sí se perderá.
8. No sea crédulo, el valle de los fantasmas no tiene fantasmas.
9. En el observatorio pida silla, el guía habla por 2 horas sin parar.

sin deshidratarse en el intento.

10. *Si escucha una maraca, no es una fiesta, es una cascabel, aléjese del lugar.*
11. *Los jeans serán su peor enemigo, lo van a asfixiar en minutos.*
12. *Aplicarse bronceador es como ponerse aceite y lanzarse a un sartén.*
13. *Caminar descalzo no es una opción, todo tiene espinas o alacranes.*
14. *Que sea tierra caliente no es sinónimo de sandalías, lleve tenis.*
15. *Lleve una cobija, es caliente de día pero muy frío de noche.*
16. *Gafas de sol, son útiles más allá de solo verse play.*
17. *Antes de entrar a su carpa, revíse que ningún animal se le haya arrunchado.*





Y esto fue lo que aprendí después
de mucho mosquito y chupar tanto sol...

Muchas personas afirman, por no decir que todas, que no hay un acto más triste e infame que sacar a un animal de su hábitat natural, pues no solo es un hecho traumático para ellos, sino que afecta considerablemente su salud.

En 1991, William Booth estableció en su investigación “Naked Ape New Zoo Attraction; Surprise Results From People-Watching Study,” que las especies que se han mantenido en la comodidad de su entorno, solo han logrado este estado de bienestar después de aprender a entender las variables de su clima, su alimento, su resguardo y las interacciones con los demás miembros de su especie. Sin embargo, por años hemos visto cómo zoológicos o centros de estudio trasladan a varias especies,



para ser sometidas a investigaciones o hacerlas parte de un acto de entretenimiento.

Luego de este pequeño contexto y de haber vivido estas crónicas, quiero señalar que el estudio de Booth, mencionado anteriormente, ha olvidado por años a otra especie animal que sigue siendo sometida a estos traslados, sin recibir ningún tipo de ayuda, LA ESPECIE HUMANA.

Mientras estuve en el Amazonas y en el desierto de la Tatacoa, observé como grandes familias... llenas de hijos, amigos, suegras, primos, padres y hermanos eran sometidos por irresponsables empresas de turismo que, sin aviso o preparación alguna, los seducían a destinos en los que sin advertencia, terminaban padeciendo terribles cambios en su alimentación, su paisaje y su clima.

Con estos viajes pude ver en la selva a adolescentes, que fueron sometidas “según ellas”, a unas terribles caminatas bajo un inclemente sol. Lo más triste o cómico, de acuerdo a quién lo mire, fue haber tenido la oportunidad de conocerlas en Bogotá, en donde me contaron un poco sobre qué tanta información tenían sobre su destino. Fue claro ver que los folletos de viajes que las empresas les habían facilitado tenían grandes fotos de Tarapoto, pero en ningún lugar se les insinuaba lo extensa que sería la caminata, y mucho menos énfasis en lo que era realizarlas bajo esa temperatura, con botas plásticas y cargando líquidos.

Aunque felices y en un frenesí casi sicótico que las llevaba a tomarse fotos por cualquier motivo, fueron víctimas

como muchos turistas, de salir de viaje sin tener ni la menor idea de a qué se enfrentarían. Por lo cual, es más que justificable que en algunas de las actividades de selva terminaran convirtiéndose en un paquete de quejas. Sin embargo, siempre existió la voz de la razón de alguna de sus compañeras que les gritó entre el desespero. *“Estamos en la selva, ¿qué esperaban?”*.

De acuerdo a las entrevistas que se les hizo a las jóvenes del colegio, estas señoritas esperaban mucho, pero no precisamente fue lo que encontraron.

Buscamos nuevas experiencias.

Buscamos crecer como grupo.

Queremos descansar del estrés del colegio.

Queremos tomar el sol, divertirnos, poder ver animales, tener una experiencia fuera de lo común.

Acá la equivocación fue compartida, primero por la agencia de viajes que no les dejó claro qué tipo de turismo se hace en el Amazonas, quien seguramente en su afán de venderles el paquete de excursión, les hizo creer que sería todo reflexión y descanso. Y segundo del colegio, que aceptó entero el discurso y no pensó que intereses tenían sus alumnas con el viaje. Deseaban DESCANSAR no hacer una EXPEDICIÓN, así que en términos más sencillos, si fueron timadas.

También fui testigo, y lo digo sin orgullo pero con gracia, de cómo hombres adultos, jefes, empresarios y pa-



dres de familia decidían por desconocimiento y falta de información, irse sin preparación alguna de su fría ciudad a salvajes desiertos. Luego durante las caminatas, me confesarían que los señores que les vendieron el viaje les hablaban de tierra caliente, explicándoles la temperatura del Huila, pero nunca especificándoles que las camisetas de poliéster sirven en Neiva y no contra las altas temperaturas del desierto.

También tuve que ver cómo se llenaban sus rostros de protectores solares, y no precisamente con los más recomendados. Los de la playa a veces vienen en conjunto con bronceador pero en el desierto se necesita es una pantalla solar, que solo proteja y no deje ni una pequeña apertura a un quemón. Pero repito, a ellos un señor de gran sonrisa y traje lustroso de una agencia de turismo les habló solo de estrellas y la Tatacoa, pero nunca les ofreció un consejo útil.

Otro indicador que demostró el daño que produce sacar a la especie humana de su hábitat natural sin preparación,



fue observar el considerable cambio en sus dietas, pues las adversidades del ambiente, el cambio de condimentos, de fritos, o el mismo entorno a veces los sometían a comer en hojas o inclusive con sus propias manos. Y claro, tanto hombres como mujeres con digestiones delicadas terminaron, detrás de unos grotescos arbustos, mientras esperaban por horas que sus intestinos expulsaran todas esas sospechosas frutas.

Cuando uno no sabe qué está comiendo, come poquito, pero el turista se enfrenta a hordas de vendedores que les hacen creer que todo cura el cáncer y terminan comiéndose el bulto completo.

Uno de los fenómenos que más me llamó la atención, fue verlos desenvolverse en el desierto, pues al desplazarse a zonas agrestes, carecían de los elementos con los que contaban en su hogar. No pueden bañarse todo el tiempo, su piel está más expuesta que de costumbre y sin saberlo, cargan como máxima protección unas pequeñas barreras ópticas de marca *Ray-Ban*, que más allá de ocultarles sus ojos de sufrimiento, poco hacían contra la invasión de mosquitos, jején y las oleadas de arena que llenaban su boca y su rostro.

En su entorno natural, la especie humana cierra puertas y ventanas como barrera de lo no deseado, pero tanto en la selva como en el desierto fueron esclavos de dormir en hamacas o carpas, por lo que los mosquitos y otros insectos los tomaron por mesa de banquetes dejándolos



llenos de ronchas y alergias que hacían sus noches y sus tardes una completa pesadilla.

Acá deseo reclamarle a los folletos de turismo que le aseguran al viajero que no hay Zika, ni Malaria, que viaje sin miedo y que con un repelente cualquiera están protegidos. Si ya se tomó la molestia de hacer un folleto, dígame con claridad cuál tipo de repelente debería comprar. Para la selva compre uno que traiga Alcanfor, en el desierto es más útil uno con Mentol. Los mosquitos no son el único insecto que pica, y los turistas deben saberlo y no someterse a rascarse por horas, luchando con un repelente pequeño o barato.

Lo más preocupante fue empezar a detectar el progreso de sus desordenes psicológicos, los cuales se activaban al ver nuevas especies como arañas, escorpiones, abejas y avispas, las cuales fueron causa de varios *shocks* nerviosos. Y sí, hay personas que no pueden ver arañas, posiblemente y carguen con ellos una gran fobia. Entonces por favor, no les recomienden ir al Amazonas sin antes advertirles que posee más de 800 especies, de distintos tamaños y colores, teniendo la posibilidad de ver una cada 10 minutos.

Decirle que tendrá un acercamiento a la fauna del país, es mentirle por omisión, aclararle cosas es informarlo y permitirle decidir con conocimiento si quiere ir o no a este lugar.

Finalmente comprendí que no es respuesta el tenerles pesar y pena, pues la experiencia los hace conocedores,

y en un futuro decidirán con discernimiento si repiten el destino mejor preparados o definitivamente no es del gusto de ellos. Sin embargo, entre quejas y reclamos se presupone que disfrutaban sus desplazamientos pues sienten que más allá de los malos ratos, el cambiar de entorno, es lo que les hace querer y extrañar más su hogar.

Aunque salen de sus casas creyendo tener todo bajo control descubren que nunca terminan de estar listos para estos dos destinos, pues ni el clima ni los animales son constantes, así que siempre pueden llegar a enfrentarse a cualquier novedad.

Solo la repetición del lugar les permite tener una verdadera apreciación y disfrute, pues las primeras impresiones suelen afectar su estado físico y mental. Mientras buscaban actividades relajantes que los sacaran de su estrés cotidiano, se mantuvieron casi siempre a la defensiva pues desconocían el lugar, no se sentían del todo cómodos y no sabían cómo enfrentarse a las adversidades del ambiente.

Sin embargo, se debe aclarar que mis grupos de turistas eran novatos, así los elegí porque deseaba interactuar con personas que nunca antes habían ido a estos dos lugares. Los seleccione basándome mucho en la información que recogí de los guías y de ellos mismos.

Que vinieran de lugares muy diferentes al visitado (Clima, geografía, comida, cultura).



Que no hayan investigado demasiado del lugar y fueran fervientes creyentes del folleto.

Que alguien más hubiera planeado el viaje por ellos.

Que sus expectativas estuvieran construidas en imaginarios, y no en información antes recolectada.

De aquí que hacer la maleta, empacar en exceso, tomar la ruta equivocada, hacer preguntas obvias o pagar más de lo debido fue parte de esta experiencia que solo se pudo describir, gracias a la interacción que se desarrolló cuando decidí hacerme partícipe de las historias y salir de mi comodidad como un simple observador.

Aunque entrevistar a los guías de turismo llegó a ser muy provechoso, la experiencia de salir de excursión a su lado y vivir en carne propia las quemadas del sol y las picadas de los zancudos me ofreció más información que horas en una cafetería tomando cerveza y hablando de su trabajo. Ver a los turistas quejarse de cargar agua, no hubiera sido lo mismo sin haberme sometido a cargar la misma cantimplora, que aunque pesada y molesta de llevar, era un elixir de dioses con cada sorbo que le dábamos en el camino.

Otra conclusión de estos viajes, fue ver que siempre es sencillo reírse y sentir algo de pena por el pobre viajero que no deja de pelear contra los insectos, pero fue más fácil ponerme en sus zapatos cuando tenía yo también que espantar arañas de mi hamaca o escupir algún mosquito de mi boca. Muchas de estas experiencias hubieran

sido imposibles de contar, si no me retiraba ese confort de entrevistador pasivo, esperando que alguien fuera a la selva y me contara cómo le pareció el clima.

Tener que sudar a cantaros, comer con la mano, huirle a los alacranes, dormir en el piso, sentir calambres por el cansancio y maravillarme o decepcionarme con cada destino fue lo que me permitió escribir cada historia como propia, porque yo estuve ahí, yo lo viví, pregunté lo mismo que pregunta el turista nuevo y desconocedor, una veces pase por audaz y otras veces debí ser el más huevon. Así como me estresé por tratar de callar a un turista bulloso y cansón, también fui un llorón y le preguntaba al de al lado si sabía cuándo llegaríamos.

Como turistas, somos más listos cuando vamos varias veces al mismo sitio, pues la primiparada nunca pasa dos veces, por eso aconsejo hacer maleta y salir al ruedo, así podrán construir sus propias historias y entenderán aún mejor de qué les hablo. Hablar de un lugar, contar una historia o describir un personaje nunca será lo mismo sin ir al lugar, sin vivir esa historia o sin hablar con ese personaje. La inmersión, el interactuar con el entorno es lo que me permitió hablar desde mi experiencia, la cual espero la tomen como guía, les dé una idea de cómo es, los acerque al lugar y los anime a viajar. Y créanme, les pegará duro, pero espero que con este libro, no tanto.



Un resumen no tan

En el desierto:

- Los nuevos visitantes sufren de las constantes oleadas de calor, pues la ropa de tierra caliente no sirve en todos los lugares.
- Esperan ver ansiosos pirámides o esfinges, pues la televisión hace creer que todo desierto es como el Sahara.
- No entienden que en el desierto no hay árboles que les den sombra.
- Con dolor aprenden que el bloqueador se pone de forma uniforme.
- Suelen preguntar repetitivamente ¿por qué hace tanto calor en el desierto?
- Preguntan de forma constante ¿por qué hay tan pocos animales en el desierto?
- Aprenden a valorar cada gota de agua.
- Aceptan dejar de lado el hotel 5 estrellas por un cielo con un millón de estrellas.

amable de mis observaciones

En la selva

- No terminan de comprender que las especies nativas no están ahí para entretenerlos.
- Tienen un odio profundo y marcado hacia los insectos, aun siendo conscientes de que están en la selva.
- Les cuesta diferenciar selva de jungla y tigre de jaguar.
- Esperan que cada persona del lugar tenga poderes que contrarresten el calor y los mosquitos.
- Son necios en cargar el propio peso de sus maletas.
- Esperan encontrar baños en las caminatas entre la "selva virgen".
- Al tercer día comprenden que arreglarse es una pérdida de tiempo.
- Al segundo día dejan de preguntar ¿qué es eso? y se lo comen en silencio.



Cómo regresar a casa después de vacaciones.

“Top 5 para el turista novato”

1. Llegue de vacaciones un sábado, tómese el domingo para dormir.
2. Compre Aloe Vera, y humecte esa piel quemada, también apunte un purgante.
3. Deje la paranoia, no todo mosquito le pegó Zika o Malaria.
4. Deshaga la maleta tan pronto llegue, o hará una explosión de olores.
5. Cuidado con sus zapatos y su maleta, sacúdalos, de pronto se trajo un insecto con ellos.



Esta es la primera edición de este libro.
Se terminó de imprimir en mayo 2016
Bogotá, Colombia.
Trabajo de grado de la Universidad Nuestra
Señora del Rosario



